



*Distancia  
Relativa*

*Ewa Martini Mediana*

La distancia no siempre es tangible, ¿quién no se ha sentido alguna vez solo en compañía o, unido a alguien que está en la otra punta del planeta? ¿Imaginas 15 centímetros convertidos en una auténtica frontera? Algo así sienten Abril y Bruno cuando, tras 365 días viviendo puerta con puerta, se conocen el primer día de la declaración del estado de alarma.

# Distancia Relativa

Elva Martínez Medina

Título: Distancia Relativa  
Autora: Elva Martínez Medina, 2020  
Portada: Vivian Raquel Jiménez Martínez

### **Nota de la autora:**

¿Quién nos iba a decir el 1 de enero la que nos venía encima? ¿Quién nos iba a decir que, de pronto, el mundo entero se vería paralizado por algo tan diminuto y mortífero como un virus? En los últimos meses o, mejor decir semanas porque la cuarentena la estamos contando como si de un embarazo se tratara, eso sí, por nuestro bien, espero que no nos dure tanto, jajaja. ¿Imaginan estar 40 semanas metiditos en casa?

No, borremos esa imagen de la cabeza. Además, en estos momentos media España, perdón que hable de España, pero es mi realidad «tangible», se encuentra en fase 1; mientras la otra mitad, en la que me incluyo, seguimos en fase 0. Ahora solo espero que, en breve, en unas semanitas de nada, todos superemos el examen y, no tengamos que repetir curso.

Estas semanas he estado bastantes horas a las teclas, pues, como todos lo que pertenecemos a la resistencia y no nos encontramos luchando en las trincheras, he pasado las 24 horas del día metidita en casa y, puedo decir que no se me ha hecho tan largo como esperaba. Tampoco me he vuelto loca, eso ya me venía de serie, je je je, tal vez porque cuento con un rico mundo interior en el que recreo otras realidades, que plasmo por escrito. Por supuesto, historias con finales felices, para tristezas ya tenemos la cruda realidad.

Muaaaaackis...muaaaaackis (a lo loco y sin mascarilla)

**Elva**

# Distancia Relativa

Elva Martínez Medina

*A ti, que has estado luchando en primera fila y, a ti, que has sido la mejor de las resistencias  
por mucho que las paredes de tu casa se te vinieran encima.*

La voz de Alborán desapareció de golpe, la llave en su mano derecha era fiel testigo y, en parte culpable, de aquel repentino silencio. Abril dejó caer la cabeza y sus brazos sobre el volante, no le apetecía salir, menos aún le agradaba la realidad. Un portazo bastante cercano acompañado del sonido de latas cayendo y los simultáneos improperios de una voz masculina la hicieron levantar la vista, otear desde la intimidad producida por la semioscuridad del garaje y la protección de sus propios brazos. A tres plazas de aparcamiento el vecino del 2ºA, con quien día sí y día también solía coincidir al llegar a casa y, con el que aquella misma tarde había coincidido en el esperpéntico show del supermercado, recogía el contenido de la bolsa que acababa de rompersele. Cualquier otro día hubiese acudido en su ayuda, pero hoy no era el día, no sabía si era desgana por lo que se avecinaba o, si, simplemente, era miedo al contacto.

Cerró los ojos, se olvidó de Luis, que agachado buscaba las latas de cerveza, que habían rodado bajo el coche; regresó a aquella posición de avestruz que nunca le había caracterizado, pero en la que ahora mismo se quedaría durante los siguientes quince días. —Quince días...— murmuró a sabiendas que aquellos días se multiplicarían por dos o tres...—. Quince días...— inhaló y exhaló el aire viciado del interior de su pequeño utilitario y siguió en la misma posición.

Era todo tan irreal, que estaba segura que ni tan siquiera estaba dentro de su coche. «De un momento a otro sonará el despertador y despertaré de esta pesadilla». ¿Cómo no creer o, mejor, cómo no querer pensar que aquella situación no era más que una pesadilla? ¿Quién no querría creer que la OMS no había declarado encontrarnos en medio de una pandemia, que en mayor o menor medida afectaba o afectaría a todos y cada uno de los países del mundo? ¿Cómo no querer olvidar que el presidente había convocado un consejo de ministros extraordinario para el día siguiente?

No, de un momento a otro sonaría la versión de Alborán de *Peces de ciudad* avisándola que era la hora de despertarse, pero no, eso no ocurriría, ella misma acababa de apagar la música no hacía ni cinco minutos. Sin embargo, se negaba a aceptar la realidad. No, ella no estaba en el garaje, ella estaba en medio de un mal sueño. En breve despertaría de aquella pesadilla, que no era más que el producto del cansancio acumulado a lo largo de la semana sumado a la tardía y pesada cena de la noche anterior con sus amigos; eso y el constante bombardeo de noticias sobre la incontrolada epidemia que tras adueñarse de China se expandía por el resto del planeta.

No, se negaba a pensar que las bromas de la noche anterior fueran a convertirse en realidad. Una cosa era que se hubiera suspendido las Fallas, que los eventos deportivos ya ni tan siquiera pudieran celebrarse a puerta cerrada e incluso que Madrid llevara dos días sin clases y recomendando el teletrabajo para aquellos que pudieran realizarlo. Ella misma se había venido del curso que estaba dando en Madrid el mismo miércoles por la noche.

Abril levantó la vista, un nuevo coche entraba en el garaje y aparcaba justo a su lado. —Hora de ir a casa—. Cogió la chaqueta, el bolso, abrió el maletero y sacó las bolsas de la compra. De inmediato recordó la imagen del supermercado, las largas colas en las cajas, las estanterías vacías, los carros repletos; la locura parecía haberse instaurado y ella, que solo quería comprar lo de todas las semanas, tuvo que conformarse con lo encontrado.

Cargada salió del garaje seguida de cerca por el que debiera ser su vecino, al menos eso



indicaba su plaza de aparcamiento contigua a la suya, nunca antes lo había visto, aquella era la primera vez que se lo cruzaba.

—Hola—se dijeron al unísono frente a la puerta del ascensor.

La puerta del ascensor se abrió de súbito, ambos se sonrieron y entraron en silencio en el interior. En el mismo silencio se colocaron uno frente al otro, no pudiendo evitar reírse al darse cuenta que ninguno había pulsado el botón del piso al que iba.

—¿A cuál vas?—preguntó Abril con una amplia sonrisa.

—Al quinto.

—Al mismo que yo.

No volvieron a decir una sola palabra, pero los dos eran conscientes de estar observándose con disimulo los pocos segundos que tardaron en llegar al quinto piso. En movimientos acompasados, casi pareciendo los pasos de una estudiada coreografía salieron del ascensor y dejaron las bolsas junto a sus puertas.

—Buenas noches—corearon al tiempo que sus labios y ojos se sonrieron, pasando de sonrisa a risa al sonar sus móviles al mismo tiempo.

Cargado con las bolsas de la compra Bruno cerró la puerta con un suave golpe del pie derecho, el sonido del móvil no paraba de sonar dentro de su mochila, sin encender la luz se adentró por el pasillo, entró en la cocina donde dejó las bolsas y una vez liberado de la compra contestó al teléfono.

—Hola, perdona me pillaste llegando a casa y venía cargado con la compra—contestó saliendo de la cocina, entrando en el salón y dejándose caer en el sofá—. ¿Qué? ¿Pero ya está confirmado?

A pocos metros y con solo un tabique de diferencia una escena similar se repetía en el salón de Abril.

—Acabo de llegar del supermercado, aún no termino de creerme la locura desatada y el Gobierno no ha dicho nada aún. ¿Qué demonios cree la gente que va a suceder? ¿Me puedes explicar por qué las estanterías del papel higiénico estaban vacías? ¿Te ríes?—Abril se vio arrastrada por la risa de su amiga— ¿Acaso el virus este da cagalera?—preguntó sin parar de reír—. Ríe, pero en casa solo me queda un rollo y no he podido comprar, delante de mí dos señoras se pelearon por un último paquete. Te aseguro que aún no termino de creerme haber vivido esa escena. ¿Tú recuerdas que en alguna película de esas apocalípticas los zombis lucharan por el último rollo de papel higiénico? Joder, yo los recuerdo con las ropas hechas guiñapos, pero nunca pensé que llevaran los culos sin limpiar.

Bruno sonrió al escuchar las risas de Abril, que se oían como si estuvieran en el mismo salón, resultándole curioso que nunca antes la hubiese escuchado.

—¿De qué se reirá?

—¿Qué dices?

—No, no es a ti. Es que mi vecina no para de reírse y no imaginas lo contagiosa y bonita que es su risa—explicó Bruno—. Claro que su risa la acompaña... ¿Qué? No, no te había hablado de ella porque nunca antes me la había tropezado. ¿Qué? Pues, no sé, poco o nada te puedo decir de ella, apenas nos hemos cruzado unos segundos. ¿Cuánto dura un viaje en ascensor?

—¿De qué tipo de viajes hablas?

—No seas bruto—rio Bruno—. Bueno, da igual, ¿está confirmado que entramos en cuarentena?

—Mañana hay consejo extraordinario de ministros, así que hasta mañana no se sabe nada, pero ya te digo yo que esto huele a confinamiento total y absoluto, ya lo verás.

—Bueno, de todos modos, estos días tengo vacaciones de Fallas.

—¡Qué bien vivís los profesores!

—¡Haberte hecho profesor, no te jode! Y bien sabes que eso no es verdad, me paso la vida preparando materiales, corrigiendo exámenes...

—Reconoce que no todos sois así—lo interrumpió Fernando.

—Pues, claro que todos no somos iguales, en todas las profesiones hay de todo y, eso lo sabes perfectamente.

—Ya lo sé, mi querido Bruno, pero me encanta picarte.

—Eso también lo sé. Bueno, lo que está claro es que los planes para la próxima semana se han venido abajo.

—Sí, eso de seguro. Si a los madrileños les han dicho que nada de salir de Madrid, está claro que a nosotros tampoco nos van a dejar salir.

—Pues nada, en casita nos quedaremos.

\*\*\*\*\*

—Estado de alarma—dijo en alto con los ojos clavados en la imagen de Pedro Sánchez.

Abril se sentó en el sofá frente al televisor. El peor de los posibles panoramas acababa de hacerse realidad, el presidente lo acababa de decir alto y claro, proclamaba el estado de alarma en todo el país. Nada de salir a la calle, nada de quedar con sus amigos, nada de ir a trabajar... Los siguientes quince días su mundo empezaría y terminaría en la puerta de su casa, esa en la que rara vez estaba, esa que ella había elegido poco más de un año atrás cuando lo suyo con Mario había puesto punto y final. Esa que sus padres, especialmente su madre, no entendieran que hubiese alquilado en vez de regresar a Madrid, al fin y al cabo, ella no necesitaba estar en Valencia o en Madrid para hacer su trabajo, ya que se movía por casi toda la geografía del país cuando no teletrabajaba.

El atenuado sonido del móvil la hizo apartar la vista de la pantalla del televisor, hacía rato que no escuchaba la voz de Pedro Sánchez, para escuchar sus propios pensamientos; rebuscó entre los cojines hasta dar con él.

—Hola, mamá—saludó, tenía bien claro el discurso que su madre le iba a dar—. Sí, claro que lo sé, llevo toda la mañana pendiente de las noticias y no se habla de otra cosa—Abril se calló largos minutos, dejando a su madre soltar el discurso—. Mamá, no voy a ir para tu casa, no sé ni para qué me lo planteas cuando sabes perfectamente mi respuesta. Yo prefiero estar en mi casa, aún no sabemos qué ocurrirá, a qué nos vamos a enfrentar exactamente. ¿Qué?—Abril respiró mientras escuchaba nuevamente a su madre—. Mamá, entiende que yo estoy mejor aquí. Mamá, hazte a la idea que esto va a ser largo. Esto no va a ser cosa de unos días y ya está. Mira como siguen en Wuhan y, como están en Italia. La OMS ha tardado demasiado en reaccionar y todos nos confiamos, creyendo que esto era una nueva Gripe A. Ya verás la que le cae al recién estrenado Gobierno, no quisiera verme en su pellejo.

—Hija y, ¿prefieres quedarte sola?

—Mamá, vivo sola. No hay ninguna diferencia con respecto ayer, el mes pasado o el año pasado. ¿Cuántos años llevo viviendo sola?

—Sí, pero ahora estamos confinados en casa, no te vamos a poder ver. El miércoles tenías que haberte quedado aquí, no sé para qué regresaste a Valencia. Ya nada te ata ahí.

Abril se separó el teléfono de la oreja, renegó con la cabeza escuchando la retahíla de su madre que, tras un año de su ruptura con Mario, seguía sin entender su decisión de quedarse en Valencia y no regresar a Madrid.

—Mamá, prometo que te llamaré cada día y haremos videollamadas—Abril se levantó y salió

a la terraza—. Mamá, escúchame, voy a estar bien. Te llamo mañana. Un beso para papá y otro para ti.

Abril dejó el móvil sobre la pequeña mesa de madera de la terraza y se asomó al vacío jardín. No había ni un solo niño en las zonas comunes, a pesar del buen tiempo, de ser sábado y de estar disfrutando de las vacaciones de las suspendidas Fallas, ni uno solo de las decenas de niños de los siete edificios del complejo, estaba jugando al aire libre. Por un instante cerró los ojos y se concentró en el extraño silencio que reinaba, dejándose acariciar por la suave brisa.

—Hola.

Abril abrió los ojos al escuchar el saludo proveniente de la terraza de al lado.

—Hola—saludó esbozando una ligera sonrisa.

—Extraño silencio, ¿verdad?

—Sí, es todo de lo más surrealista. El sol brilla y mira ni un solo niño corriendo por el césped, es más ni tan siquiera parece que estén en casa.

—La situación es surrealista en sí misma. Confinados en casa a saber hasta cuándo.

—Prefiero no pensarlo.

—Sí, casi mejor, porque los ejemplos no son nada halagüeños.

—Esto nos pasa por creer que esto no llegaría a Europa, veíamos a China como algo que nos pillaba muy lejos. Y sí nos queda a unos nueve mil kilómetros, pero ¿qué es eso hoy en día?

—Nada, no es nada—aseveró Bruno con una sonrisa—. La distancia es relativa.

—¿La distancia? —preguntó con una sonrisa acercándose a la división de madera que los separaba—. Einstein hablaba de la relatividad del tiempo, pero no de la distancia, digo yo que la distancia es algo más... ¿cómo te diría? —Dudó unos instantes—. Tangible.

—Sí, no te digo yo que no, pero nosotros mismos somos un buen ejemplo.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros. Yo te puedo decir que los vecinos de la terraza de allí enfrente—señaló al otro lado del jardín—se llaman Fernando y Laura. Sin embargo, nosotros estamos separados por una pared y en todo un año viviendo aquí jamás había coincidido contigo, tampoco sé tu nombre.

—¿Me estás queriendo decir que el hecho de que yo conozca a los vecinos del 2ºA y, que con frecuencia me encuentre con él al llegar a casa y, por el contrario, no te conozca a ti, se debe al concepto de la relatividad de la distancia?

—Exacto—afirmó—. ¿Y sabes su nombre por un casual?

—Sí, se llama Luis y su novia Irene. ¿Los conoces?

—No, no tengo el gusto, pero seguro que son encantadores y, ves, una vez más, tú conoces los nombres de una pareja de vecinos de tres pisos más abajo y, por ende, ellos sabrán el tuyo. Y yo, que vivo a una pared de separación no lo sé.

Abril amplió su sonrisa, nunca antes nadie había dado tantas vueltas para preguntarle el nombre y, a pesar de ella ponerse siempre una coraza ante todo aquel desconocido que intentaba ligar con ella, tenía claro que hubiese sucumbido ante aquella mirada, sonrisa y sobre todo a su conversación.

—Abril, me llamo Abril.

—Encantado Abril, espero que no te roben tu mes como a Sabina—dijo con un guiño.

—Y yo—respondió clavando la vista en los oscuros ojos de su vecino—. Perdona, me están llamando.

—No pasa nada, ha sido un placer hablar contigo.

—Igualmente—contestó entrando al salón con el teléfono en la mano y retrocediendo de inmediato, sin saber muy bien por qué lo hacía. Dejó nuevamente el teléfono sobre la mesa—.

Perdona, no me has dicho tu nombre.

Bruno se sobresaltó al volver a escuchar su voz junto a la enrejada madera que dividía las dos terrazas.

—Perdona, no era mi intención asustarte—comentó estirándose por la barandilla para poder verlo—, pero resulta que ahora jugamos en desventaja y, un nuevo factor dentro del concepto de la distancia relativa—entrecuilló— ha entrado en juego.

—¿Puedo saber cuál es ese concepto?

—Resulta que ahora ambos sabemos que los vecinos del 2ºA se llaman Luis e Irene y, los del ático B del patio 1 se llaman Fernando y Laura—explicó sonriente, consiguiendo la sonrisa de Bruno—. Bueno, siempre y cuando no te hayas inventado sus nombres.

—No, prometo no haberte mentado.

—Bien, pues, ahora ambos sabemos sus nombres y tú sabes que la vecina del ático A del patio 7, o sea yo, me llamo Abril. Sin embargo, Abril, o sea yo, desconoce el nombre del vecino del Ático B del patio 7, cuando él, es decir tú, ha sido el informador del nombre de los vecinos de enfrente, muy probablemente, todo haya sido una excusa del vecino del ático B del patio 7 para enterarse del nombre de la vecina del ático A del mismo patio.

Abril se giró al volver a escuchar el sonido de su móvil, por momentos había olvidado que la llamaban.

—¿Escuchas esa llamada? Ese es el otro factor que entra en juego, cuando conteste ya verás la que me va a caer, querrá conocer con pelos y señales los motivos de no contestar.

—¿Puedo conocer ese factor?

—¿Cuál de los dos? ¿El del teléfono o el del vecino cotilla que utiliza la triquiñuela de la relatividad de la distancia para sonsacarme mi nombre?

Al unísono ambos estallaron en carcajadas, las cuales resonaron en el silencio que los rodeaba y llamaron la atención de Fernando, que acababa de asomarse a la terraza y observaba con curiosidad a su amigo y a la vecina.

—Además, he de decir que es verdad. Los conceptos de cerca y lejos son muy relativos, se puede sentir a alguien muy cerca estando al otro lado del mundo y, estar a miles de kilómetros de la persona que está sentada a tu lado. Todo depende de nuestra percepción, de nuestros sentimientos—Abril se calló y se quedó mirándolo al darse cuenta que la observaba en silencio—. ¿Me vas a decir tu nombre o he de preguntarle a los vecinos del ático B del patio 1?

—Bruno, me llamo Bruno. Ahora dime, ¿eres profesora de matemáticas o de filosofía?

—Ni una cosa ni la otra, pero no pienso decírtelo. ¿No crees que es demasiada información para un primer encuentro?

—En realidad es el segundo.

—El viaje en ascensor no cuenta.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, compartimos un espacio muy pequeño durante un tiempo relativo. Es más, en los tiempos que corren nos hemos jugado la vida por compartir un espacio tan pequeño, igual en unos días ese momento nos costaría una multa—dijo con un guiño.

—Muy probablemente—le devolvió el guiño—. ¿Tiempo relativo? Cierto, breve para ti, enorme para mí—rió consiguiendo su risa cómplice.

—¿No me lo vas a decir?

—Hoy no, tal vez otro día.

—¿Otro día? ¿Es una cita?

—¿Una cita? —Abril giró la cabeza hacia la mesa, el móvil volvía a sonar—. Creo que te olvidas que acaba de ser declarado el estado de alarma y ni tú no puedes salir de tu casa, ni yo de

la mía.

—Bueno, podemos quedar en la terraza.

—En la terraza.

—Sí, cada uno a un lado de esta madera que nos separa.

—Ya como si estuviéramos cada uno al otro lado del confesionario.

—¿Muchos pecados que confesar?

—Querido vecino del ático B es usted un tanto cotilla, no pienso contarle mis pecados en caso de tenerlos—bromeó.

—Cuando llevemos tres meses de encierro veremos si no me los has confesado—rio Bruno.

—¿Tres meses? ¡No digas eso!

—Muy bien, no lo diré si aceptas cenar esta noche conmigo.

—¿Qué?

—Tú ahí y yo aquí. ¿Te apetece?

—Bueno, de acuerdo, no tengo nada mejor que hacer—dijo con cara de burla.

—Eres cruel, querida vecina del ático A. ¿Cenamos entonces?

—Muy bien, aquí estaré.

—¿A las nueve?

—Muy bien a las nueve, ¿he de vestir de gala?

—No, será una cena informal.

—Muy bien, vecino, aquí estaré a las nueve.

—De acuerdo, vecina, aquí mismo te esperaré.

\*\*\*\*\*

Bruno enchufó el teléfono, la batería temblaba desde hacía un buen rato, amenazando con apagarse de un momento a otro. El teléfono había sido un constante no parar de llamadas y mensajes. Larga había sido la llamada de su madre, que había intentado convencerle a él y a su hermano (este para que fuera con su mujer y sus dos hijos) a pasar la cuarentena a su casa; recibiendo la obvia negativa de ambos. Varias habían sido también las llamadas de compañeros de trabajo, todos sin tener claro cómo sería su trabajo tras aquellas extrañas vacaciones de Fallas y, mayoritarias las de amigos, que empezaban a organizar quedadas virtuales para los próximos días. Miró la hora, poco faltaba para las nueve. El leve cosquilleo, que llevaba todo el día alojado en su estómago, se acentuó al estar a pocos minutos de aquella curiosa cena.

Al otro lado de la pared Abril se miró al espejo, se soltó la coleta que acababa de hacerse ni un minuto atrás, se puso unas gotitas de perfume y con unos nervios, que no entendía, apagó la luz de la habitación y salió de ella, volviendo a entrar para comprobar una vez más su aspecto en el espejo. Era cierto que solo era una cena en su propia casa, que ni tan siquiera iban a cenar en la misma mesa, pero eso no implicaba hacerlo de cualquier manera, fuera cómo fuera, no dejaba de ser una cita.

—¿Una cita? —Volvió a hacerse la coleta y a soltársela de nuevo, regañándose a sí misma por su ya más que evidente nerviosismo. — Lo bueno es que si me aburro ya estoy en casa— reflexionó en alto con la total certidumbre que no iba a aburrirse.

Con total sigilo se asomó a la terraza, era la hora pactada y se debatía entre ser puntual o llegar tarde. —Esto es absurdo—se recriminó a sí misma al verse cual vieja chismosa cotilleando a través de las cortinas. Encendió la luz de la terraza, tomó aire y salió. La temperatura había bajado, pero no hacía frío, con paso firme se acercó a la enrejada madera que la separaba de Bruno.

Sus ojos se encontraron y sonrieron de inmediato al encontrarse a través de las pequeñas ranuras que les permitían verse a trocitos.

—Buenas noches, vecina, me alegra comprobar que eres puntual y, sobre todo que no me has dado plantón.

—Buenas noches, vecino—respondió, sentándose junto a su lado de la valla—. Puntual siempre he sido, en cuanto a lo de darte plantón no voy a negar que lo pensé—Con una sonrisa burlona comentó.

—¿Hubieses sido capaz de dejarme aquí sentado esperándote bajo la atenta mirada de todos los vecinos? —Bruno se acomodó a su lado de aquella especie de confesionario.

—¿Has enviado mensaje a todos los vecinos informándoles de esta cena? —Con sorna preguntó, apenas podía ver el contorno de su rostro, pero lo que sí apreciaba era el ambarino aroma de su masculino perfume. La idea de no haber sido la única en arreglarse para aquella cena le gustó—. Si es así, despertaste poco interés, no veo a nadie asomado y, mucho menos, pendiente de nosotros. —Abril miró al edificio de enfrente, el parpadeo de una luz encendiéndose llamó su atención—. Miento se lo cotilleaste al vecino del ático B del patio 1. ¿Cómo se llamaba? —titubeó unos segundos— ¿Fernando?

— ¿Eres siempre tan perspicaz y quisquillosa?

—Así que tenemos un observador, una especie de casco azul de la ONU, ¿te dio miedo de haber quedado con una loca y le dijiste que nos espicara por si saltaba a tu terraza y te atacaba?

—No, no le he dicho nada de eso, señorita—Le costaba no reírse mientras daba respuesta—. No suelo ir contando mi vida y, en cualquier caso, tampoco quería que fuera testigo de un posible plantón.

Durante unos pocos segundos se quedaron callados, espalda contra espalda, una sonrisa se dibujó en ambos. El móvil de Bruno comenzó a sonar, Abril sonrió al escucharlo contestar e intuir con quién hablaba, giró la cabeza hacia la terraza de enfrente para confirmar su sospecha.

—Nada, ¿qué voy a hacer? ¿Acaso no puedo estar en mi terraza? ¿Ahora te dedicas a espiar a los vecinos, ni veinticuatro horas de confinamiento y ya has sacado al chismoso que hay en ti?

Abril tuvo que aguantar la risa al escuchar las palabras de Bruno.

—Bruno, ahora vuelvo, voy a por mi cena—susurró antes de levantarse y dejarle la intimidad que su presencia le quitaba.

Aquel movimiento no pasó desapercibido para Fernando, que no perdía detalle de lo que ocurría en la terraza de su amigo y en la de su vecina.

— ¿No me digas que la he espantado? Joder, lo siento.

—Fer no inventes y deja de chismorrear, joder, pareces la vieja del visillo.

—A ver...pero dime...

—Fernando—Bruno se levantó y entró en el salón—. ¿Desde cuándo te dedicas a espiarme?

—Joder, no te espío, hablo en serio, solo te he llamado porque me resultó curioso veros a los dos sentados espalda contra espalda y... Esta mañana os vi hablando muy entretenidos.

—Lo dicho, eres un cotilla. Te vas a convertir en el chismoso mayor del vecindario—Bruno sacó su cena a la terraza—. ¿Qué?

— ¿Vas a cenar fuera? ¿No hace un poco de ...—Fernando se calló al ver a Abril terminar de preparar su mesa—. Vaya, resulta que hasta ayer no la conocías y hoy cenáis juntitos. Joder, veo que algunos aprovecháis este encierro desde el minuto uno.

—Macho, estás fatal.

—Reconoce que vais a cenar juntos.

Bruno se asomó pegado a la madera divisoria hasta ver a Abril al otro lado.

—Abril, perdona, podrías saludar al cotilla del vecino del ático B del patio 1.

— ¿A Fernando? —le sonrió antes de mirar al frente y agitar sus brazos en lo alto de manera exagerada para diversión de Bruno.

—¿He oído mi nombre? —Fernando devolvió el efusivo saludo a Abril—¿Cómo es que sabe mi nombre?

—Fernandito, se acabó el cotilleo por hoy, voy a cenar antes de que se enfríe. Anda, ve con Laura y deja de chismorrear a los vecinos. Besitos a Laura.

—Te diría que se los dieras de mi parte a tu nueva amiga—Sarcástico comentó—, pero no puedes—Fernando rio al escuchar los improperios de su amigo—. Hala, ya me contarás, porque tengo claro que tienes mucho que contar y, no llevamos ni veinticuatro horas de confinamiento.

Imposible no reírse escuchando los comentarios de Bruno, si algo sabía era que ella y aquella especie de cita eran los responsables de aquella llamada.

—Bueno, ahora ya conozco oficialmente a uno de los vecinos del ático B del patio 1 y, sin salir de casa, al final es cierta esa teoría sobre la distancia relativa.

—Sí, ya conoces al cotilla de Fernando—Con una amplia sonrisa por las palabras de Abril comentó—, te aseguro que esta faceta suya es nueva para mí.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Toda la vida.

—Bueno, eso igual es poco para ti y mucho para él, ya sabes por aquello de la relatividad del tiempo.

Sus risas no tardaron en dejarse oír, su sintonía era evidente y ambos eran conscientes de ello.

—Eres tú un tanto malvada, ¿no crees?

—Yo...—rio—. ¿Por qué?

—Tonterías mías—dijo risueño—. ¿Cenamos?

—Sí, será lo mejor.

Las risas y las palabras desaparecieron, el silencio se convirtió en el tercer comensal de aquella cena en la lejana cercanía o cercana distancia, sin embargo, no era el único comensal, otro más importante se había sentado a la mesa, la enorme sonrisa dibujada en el rostro de ambos.

—¿Qué bebes? —Bruno fue el primero en romper el silencio.

—Vino blanco. ¿Tú?

—Tinto. ¿Brindamos?

—No me parece buena idea sacar las copas y brindar en el aire, no vaya a ser que terminen cayendo.

—A mí tampoco, pero lo que sí podemos, es alzarlas al mismo tiempo.

—Me parece muy bien. ¿Por qué brindamos? —Alzó su copa mientras esperaba su respuesta.

—Por la relatividad del tiempo y la distancia, por este confinamiento que nos aleja y acerca al mismo tiempo.

Sin lugar a dudas aquella escena era extraña, dos personas que no se podían ver, y sentadas de espaldas por aquello de poderse oír mejor, alzaban su copa al aire. Aquel tuvo que ser el pensamiento de ambos, de pronto, callaron, parecían meditar todo lo que estaba sucediendo. Ninguno tenía claro qué hacía cenando con alguien a quien, en realidad, no conocía y a quien no podía mirar a la cara mientras hablaban. Sin embargo, la realidad, era que ambos se sentían bien con el otro y tenían curiosidad por saber qué ocurriría, qué les deparaba la vida con aquel inusitado encuentro.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —Una vez más Bruno rompió el silencio instaurado entre ellos, por nada del mundo quería que la chispa existente entre ellos desapareciera.

—¿Aquí en este piso o aquí en Valencia? —Tenía claro a qué se refería con su pregunta, pero ella quería dar pie a nuevas preguntas, a alargar aquella conversación porque, por lo que fuera, le gustaba estar con aquel conocido desconocido.

—Bueno, era aquí en el piso, pero ahora me interesan ambas respuestas.

—A la primera poco más de un año—Abril hizo una pausa para beber el último trago de su copa—. Como curiosidad he de decir que lo alquilé por esta terraza y las zonas comunes y, curiosamente, nunca he disfrutado de las zonas comunes y hoy es la primera vez que ceno en la terraza.

—Típico.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—No, más o menos, llevamos el mismo tiempo y estamos en las mismas circunstancias, también hoy es mi primera vez—Los dos sonrieron por aquel último comentario—. ¿Un brindis por las primeras veces?

—De acuerdo, pero dame un minuto que voy a llenar mi copa.

—Aquí te espero—respondió rellenando la suya.

Con la única luz que la de la terraza Abril atravesó el salón y entró en la cocina, dejó el plato y los cubiertos en el fregadero, relleno su copa; de pronto sintió la necesidad de mirarse en un espejo y comprobar que estaba bien. Era absurdo, pero quería comprobar que su pelo y aquel mínimo maquillaje estaba en su sitio.

—Aquí estoy—Una vez sentada en su sitio dijo.

—Ya creía que te habías largado.

—No, aquí estoy—dirigió la mirada al troquelado panel de madera y se encontró con la mirada de Bruno al otro lado, ambos se sonrieron—. ¿Brindamos?

—Por las primeras veces—Bruno alzó su copa sin dejar de mirarla por el enrejado panel de madera al que comenzaba a tenerle una profunda antipatía—. ¿Cuál es la respuesta a la segunda pregunta?

Tan concentrados estaban en ellos mismos que ninguno se percató que ya no estaban solos, poco a poco las ventanas, balcones y terrazas se habían ido llenando de gente dispuestos a cumplir con el que sería el primero de muchos aplausos por todos los que se encontraban luchando en las trincheras contra el virus, que amenazaba a todos y cada uno de los países del mundo. No se dijeron nada, sus sonrientes ojos hablaron por ellos y, en completa sincronía dejaron sus copas sobre la mesa para unirse al unánime aplauso, que había roto el silencio existente pocos segundos atrás.

Largos fueron los minutos de pie, aplaudiendo y vitoreando en la oscuridad de la noche, sintiéndose parte de una comunidad que unía sus fuerzas en una lucha común, más allá de banderas, ideologías y fronteras.

Ninguno se sentó hasta no ver cómo terrazas, balcones y ventanas se vaciaban. Ambos alzaron su mano para saludar a Fernando y Laura que desde el otro lado saludaban, ambos sonrieron al ver a Laura empujar a su marido al interior de la casa. Los dos sabían que Fernando estaba ávido de noticias y también sabían que al día siguiente Bruno sufriría un tercer grado.

—Ha sido emocionante—Una vez sentada comentó Abril.

—Sí, la verdad es que sí.

—Al final, todos los vecinos salieron a comprobar que no te había atacado. Por cierto, creo que mañana te someterán a un tercer grado, tu amigo muere por saber qué está sucediendo aquí ahora mismo.

Bruno estalló en carcajadas con el comentario de Abril, corroborando de inmediato que, sin la



menor de las dudas, al día siguiente lo llamaría. Abril se vio arrastrada, no tanto por la respuesta de Bruno como por la combinación de su contagiosa risa y el extraño nerviosismo sentido desde el minuto uno de aquella cena.

—Sabes, aún no has contestado a mi pregunta—Nada más tranquilizarse comentó Bruno.

—¿A cuál pregunta?

—¿Cuánto tiempo llevas en Valencia?

—Dos años y medio.

—¿Y puedo saber de dónde eres?

—Madrid.

—Así que de Madrid y, puedo saber qué te hizo venir. ¿Trabajo o amor? —Deseó con todas sus fuerzas que no fuera lo segundo.

—Lo segundo—Abril dejó la copa sobre la mesa, guardándose para ella que ese amor ya no existía, quería ver su reacción. Algo le decía que a su compañero de cena no le iba a gustar su respuesta.

—Así que amor...—Borró la sonrisa de su rostro, aquella respuesta le decepcionaba. No sabía muy bien por qué había quedado con aquella chica, cómo tampoco entendía qué lo arrastraba a querer saber más de ella, a desear poder verla cara a cara para comprobar si aquella atracción era mutua—. ¿Y cómo os conocisteis?

—Vaya, veo que tú también tienes tu lado cotilla—No pudo evitar una sonrisa al notar la más que evidente decepción en su voz. Apoyó la cabeza en el panel de madera y giró su rostro hacia él para poder verlo—. En el trabajo.

—Así que al final no eres ni profesora de filosofía, ni de matemáticas—Clavó su mirada en la de ella, ya no quedaba rastro de sonrisa en la de él.

—No—sonrió—, pero sí soy profesora. Trabajo en una empresa de formación, en realidad, vivo en Valencia, pero no siempre estoy aquí. Mínimo una semana al mes estoy fuera, no doy clase en mi empresa sino a otras y me muevo por toda la geografía española, el resto del mes mi trabajo es online. Y así lo conocí, vine a dar un curso a su empresa y surgió el amor.

—Entonces—respondió serio. Abril no pudo evitar cierto cosquilleo al notar la seriedad de Bruno desde la aparición de una tercera persona en juego—, al igual que a mí, te toca confinamiento y teletrabajar.

—Sí, así es. ¿Ya te han confirmado del trabajo que os quedáis en casa?

—No, pero es algo que está claro. Bueno, ahora mismo estoy en vacaciones por estas «No Fallas».

—¿Profe?

—Sí.

—¿De?

—Matemáticas.

—¿Primaria o Secundaria?

—Lo segundo, doy clases a maravillosos adolescentes—entrecomilló sus palabras—, aunque no me voy a quejar, amo mi trabajo.

—Me alegro que así sea, nada peor que un profesor que no adora su trabajo—respondió sin dejar de observarlo por las rendijas de la madera—. Y dime, ¿les explicas esas teorías tuyas sobre la distancia relativa? —No pudo evitar la risa y, no era por la pregunta sino por aquella pequeña maldad suya de omitir que ya no había un novio y ver su serio rostro, incluso el tono de su voz había cambiado.

—Claro...claro.

—¿Cómo vais a hacer lo de las clases?

—No tengo ni la más remota de las ideas—Dio un nuevo sorbo a su copa, se dijo a sí mismo que aquel sentimiento era una estupidez y volvió a acomodar su rostro frente al de ella—. Con total sinceridad no quisiera verme en la piel de los alumnos de 2º de Bachillerato, a la presión de aprobar todo en mayo y a la dichosa EVAU, se le ha sumado ahora la cuarentena, que mucho me temo que esto será mucho más de quince días.

—Totalmente de acuerdo contigo—respondió Abril—. Esto se nos ha ido de las manos, no solo al Gobierno, la propia OMS tardó en reaccionar y declarar que nos encontramos en medio de una pandemia global.

—Cierto, corroboro tus palabras.

—Hace nada nos lanzaban por todos lados mensajes de tranquilidad, yo misma me convencí que esto no era peor que la gripe. En todas partes nos bombardeaban con cifras, nos hablaban que cualquier gripe mata a más gente que los muertos por covid-19 en China, que más niños mueren de hambre todos los años. Y ahora estamos enjaulados en casa—Los dos se quedaron callados durante unos segundos—. Sabes yo estuve en una de esas manifestaciones que algunos quieren demonizar ahora, como si ese día hubiese sido el único gran acto que se realizó dentro y fuera de nuestras fronteras.

—Tú estabas manifestándote y yo en Italia, de no haber estado en Italia hubiera estado en ella.

—¿Estuviste con el Valencia?

—No, nos fuimos de viernes a domingo a Roma, conseguimos un vuelo muy barato y no perdimos la oportunidad.

—Así que igual somos dos armas bacteriológicas.

—Eso parece, en un par de semanas lo sabremos.

—Sí.

—¿Y tu novio? —No sabía para qué preguntaba, pero necesitaba hacerlo.

—Bruno, no...—No podía dejar que siguiera pensando que había un novio.

—Perdona...—la interrumpió—, ya no me meto más en tu vida privada.

—No, solo quería aclarar que no hay novio. Alquilé cuando rompimos.

—Lo siento—Una sonrisa volvió a dibujarse en sus labios. No sabía el motivo, pero algo le decía que ella había ocultado aquella información intencionadamente.

—No lo sientas, descubrí que era un gilipollas—Le dedicó una sincera sonrisa.

—Sin la menor de las dudas.

—¿Y tú pasarás solo esta cuarentena?

—En realidad, espero pasarla en compañía de la vecina del ático A del patio 7.

Una catártica risa rompió el silencio de la noche, ambos sabían que estaban viviendo el principio de mucho más que un confinamiento.

\*\*\*\*\*

La música no dejaba de sonar, Bruno abrió los ojos de golpe, volviendo a cerrarlos al tener los tímidos rayos de sol dándole directamente en ellos. A tientas buscó el móvil que seguía sonando en la mesita de noche, un par de libros cayeron en su intento de apagar la voz del cantante de M-Clan.

—¿Quién demonios me llama un domingo tan temprano? —Gruñó con el teléfono en la mano—. Si es Fernando me lo cargo—Con voz pastosa refunfuñó.

Nadie, no era una llamada sino la música de la alarma del despertador. Aún no eran las siete de la mañana y ya estaba despierto por olvidar quitar la dichosa alarma.

—Genial, vacaciones, encerrado en casa y ya despierto.

Lanzó el móvil al otro lado de la cama y se agachó para recoger los dos libros que habían caído en su búsqueda.

—*IQ84* y *Patria*—leyó sendos títulos.

Ambos libros llevaban semanas, por no decir, meses esperando ser leídos, pero no había tenido ni un solo momento libre desde las vacaciones de navidad.

—Fíjate por donde, igual ha llegado el momento de disfrutar de la lectura.

Acomodó los blancos almohadones, se recostó con los dos libros en las manos, la tibieza de aquellos primeros rayos de sol consiguió atrapar toda su atención.

—Café, libro y sol...

De un saltó se levantó de la calidez de la cama y tras una rutinaria, a la vez que necesaria visita al cuarto de baño, se dirigió a la cocina para poner en marcha la cafetera. El piloto de la cafetera tardaría un rato en dejar de parpadear, la dejó tomarse su tiempo y salió a la terraza. Nada más poner un pie en ella percibió el notable cambio de temperatura, la cálida madera dio paso al frío y húmedo granito, poco le importó; si algo le gustaba era la sensación de libertad que le producía caminar descalzo por la casa.

No solo notó el cambio de temperatura, el silencio del interior de la casa fue roto por el gorjeo de mirlos y tórtolas, en ellos y, en un nutrido número de gorriones fijó su vista, dándose cuenta que no era el único que seguía sus pasos por el silencioso jardín; un par de gatos, que por su aspecto no parecían pasar hambre, controlaban atentos sus cortos saltitos. Sin prisa hizo un recorrido por las ventanas, balcones y terrazas, nadie había en ellos; el vecindario parecía dormir. De manera inconsciente se acercó a la enrejada madera, no divisaba movimiento al otro lado, con sigilo se asomó al otro lado para asegurarse que Abril no estaba.

—Normal, ¿quién se despierta un domingo a esta hora? —En alto reflexionó mientras entraba a preparar el desayuno. —Los pájaros, los gatos y los idiotas que olvidamos desconectar la alarma.

Minutos después dejaba sobre la mesa un humeante café con leche, tostadas con miel y abría el libro de Hanuki Murakami, en el que quedó atrapado nada más iniciar su lectura y adentrarse en su universo orwelliano.

Abril abrió a placer los dedos de los pies, daba igual la estación del año y la temperatura exterior, si había algo que le gustaba era caminar descalza por casa. Y así descalza, con la camiseta del pijama y con la melena revuelta salió a la terraza. Apoyada en el frío muro de piedra gris, a pesar de los rayos de sol que se paseaban por él, cerró los ojos para disfrutar de la agradable temperatura, dejándose bañar por el sol mientras se deleitaba los oídos con el nada tímido canto de los pájaros. Cinco largos minutos estuvo en la misma posición, en momentos como aquel sabía que no se había equivocado quedándose en Valencia y borraba las dudas de si debía regresar a Madrid.

El olor del café la hizo despertar de su ensoñación y darse prisa por llegar a la cocina antes de que el agradable aroma a café recién hecho se tornara en café quemado y en una nueva cafetera chamuscada. Sin duda alguna, si alguien era experto en quemar cafeteras, esa era ella, que ya no recordaba el número de inservibles cafeteras por culpa de sus despistes.

Taza en mano salió de nuevo a la terraza, le apetecía desayunar allí. —Galletas—susurró al sentarse. Abril depositó la taza sobre la mesa y fue en busca del paquete de galletas de canela. El recuerdo de la cena de la noche anterior le vino a la mente nada más tomar asiento, no pudo reprimir sus instintos, con cuidado se levantó de puntillas y con absoluta discreción se asomó a la terraza de al lado.

Su corazón le dio un vuelco al encontrarlo leyendo al otro lado de aquella madera, que siempre

vio como una «proveedora de intimidad» y ahora le impedía ver a Bruno sin parecer estar cometiendo un delito. No quería ser descubierta por él, así que antes de que él se percatara, al menos eso creyó ella al verlo enfrascado en la lectura, se escondió tras la madera. Casi sin respiración se quedó de pie pegada a aquella valla divisoria, no entendiendo el motivo de su alocado ritmo cardiaco.

—Esto es de lo más absurdo—susurró antes de respirar varias veces en un intento de retomar la calma perdida. —. Relájate, Abril—se dijo en un tono solo perceptible para ella mientras se percataba de sus piernas desnudas. De puntillas entró en casa a ponerse unos pantalones.

Con cautela y, clara intención de sorprenderla, que no asustarla, Bruno se asomó al otro lado de aquella madera, que empezaba a parecerle una auténtica frontera por la que la animadversión crecía por momentos. Sus ojos se toparon con la imagen de una huidiza Abril, una pícara sonrisa afloró en sus labios al verla caminar de puntillas con cuidado de no tropezar con nada, con deleite recorrió sus desnudas piernas hasta toparse con la camiseta. No dijo nada, prefirió permanecer en silencio, intuía el motivo para su cautelosa marcha.

Un par de minutos después, dejando a un lado su faceta ninja, Abril se sentó a la mesa dispuesta a disfrutar de su desayuno bajo el agradable sol primaveral. Apoyó la cabeza en la madera y, sin quererlo, de manera automática sus ojos se perdieron por las pequeñas rendijas de madera, poco le dejaban ver, pero sí lo suficiente para vislumbrar a Bruno apoyado al otro lado.

«¿Qué lee con tanto interés?». Dio un sorbo a su café con leche y se percató haber olvidado su libro.

Esta vez sí hizo ruido al levantarse, llamando la atención de Bruno que husmeó a través de las rendijas, viendo su silueta, esta vez con pantalón de pijama, volver al interior y regresar de manera inmediata con un libro de portada tan blanca que relucía sobre su negro pijama. No dejó de observarla ni un solo instante. No tenía ni idea del motivo, pero todo lo relacionado con aquella mujer le interesaba y, entre más la conocía, mayor era la necesidad de saber más de ella.

A pocos centímetros tenía su espalda, no necesitaba que ningún experto del ministerio de sanidad le dijese que aquella curiosa cercanía rompía con la distancia del protocolo establecido.

Abril apoyó el libro sobre la mesa, lo abrió y comenzó a leer al tiempo que volvía a remover su café con leche, el cual empezaba a perder la temperatura idónea. «Este chico es idiota, ¿de verdad va a permitir que los kilómetros los separe? Puaff...No entiendo a los hombres, a unos les asusta la distancia, mientras otros se acojonan si tomas las riendas y eliminas esa distancia...». — Idiota, Roberto, eres un auténtico cobarde...—Tan ensimismada estaba que no se dio cuenta de hablar en voz alta.

Bruno soltó su libro para volver a cotillear a través de las rendijas, no había terminado de entender sus palabras, pero había percibido el enfado en el tono utilizado.

—Buenos días—murmuró a través del panel—. ¿Puedo saber qué ha hecho ese tal Roberto para hacerte enfadar?

Abril dio un respingo, tan absorta estaba en la historia que se había olvidado por completo de Bruno.

—Perdona, no era mi intención asustarte—Con la cara pegada a la madera comentó, sonrió al ver el rostro de ella pegado al otro lado—. Buenos días—repitió al ver sus oscuros ojos a la altura de los suyos—. ¿Sueles hablar con los personajes de los libros?

—Buenos días—Una amplia sonrisa iluminó su cara—. Más que con ellos, podríamos decir a ellos, nunca se molestan en contestarme. Bueno, alguna vez en sueños.

—Atrevidos.

—¿Atrevidos?

—Sí, son osados, lo cual es irónico y, no concuerda con su falta de valor.

—Estoy segura que puedes explicarte mejor, si no es así, lo lamento por tus alumnos—comentó con un guiño, visualmente imperceptible para Bruno, aunque no por ello dejó de percibirlo.

—Nunca he recibido quejas por parte de mis alumnos.

—Entonces, eso quiere decir que te puedes explicar mejor—inquirió jocosa.

Al mismo tiempo, como si se hubiesen puesto de acuerdo, ambos cambiaron de posición. Los dos recostaron la cabeza en la madera, ella a la izquierda, él a la derecha, sonrientes disfrutaban del momento.

—Esos personajes son osados por colarse en tus sueños y, sin embargo, carecen de valor para hablarte a la cara.

—Bruno, ¿sabes que siendo personajes de ficción están imposibilitados de esa capacidad, verdad? —comentó risueña—. ¿Qué pensarías de mí si te dijera que hablo con ellos?

—Que tienes una imaginación prodigiosa—replicó riendo—. Igual en unas semanas ya lo haces.

—Sí, seguro que sí, teniendo en cuenta mis antecedentes no sería de extrañar.

—¿Tus antecedentes?

—Sí.

—¿Puedo saberlos?

—Sí, claro, al fin y al cabo, tú eres el responsable.

—No entiendo.

—A ver, no hablo con un personaje ficticio, pero sí con un vecino, al que no conozco, a través de las rendijas de una valla de madera y, no queda la cosa ahí, sino que además he cenado con él con esa misma valla de por medio.

Ninguno de los dos pudo contener la risa.

—A mi favor he de decir que nunca te dejaría hablando sola, siempre te respondería y, es más, conscientemente nunca te haría enfadar y...—se calló durante unos segundos que a Abril le parecieron eternos.

—¿Y? —preguntó al ver que tras largos segundos seguía callado.

—He de confesarte algo.

—Me asustas—sonrió sin moverse de aquella posición que la acercaba a él a pesar de estar separados. —. Al final, esto va a ser una especie de confesionario—Calló a la espera de su respuesta—. Bruno, ¿estás ahí?

—Tienes unas piernas muy bonitas.

El rubor subió a sus mejillas, no necesitaba más explicaciones para saber que él la había visto antes de ponerse los pantalones; no podía recriminarlo, ella también era culpable de espionaje.

—Gracias—terminó por decir—. Reza dos Padres Nuestros y tres Ave María.

Las risas de Bruno fueron inmediatas, aquella respuesta lo había pillado por sorpresa.

—Toda esa penitencia solo por verte las piernas, ¿cuál sería mi castigo por colarme en tus sueños?

—Bruno...Bruno...—repitió risueña, con un intenso cosquilleo por aquel claro coqueteo—. Si te colaras en mis sueños no podría castigarte, pues, solo yo tengo la potestad de elegir quién se cuele en ellos.

—En eso tienes razón.

—Bruno, has de saber algo importante.

—Ilústrame—respondió divertido.

—Yo siempre tengo razón.

—Bueno...Bueno, eso está por comprobar—Sin disimular la diversión respondió—. Ahora dime, ¿me permitirás colarme?

—¿He de recordarte que estamos en cuarentena?

—¿En tus sueños también?

—¡Serás idiota! —exclamó riendo— ¿Imaginas unos mundos oníricos en confinamiento?

—No, por favor, eso no. Abril, una cosa...

—Dime.

—Si me dejas entrar, por favor, que no exista esta odiosa valla.

Ninguno de los dos podía parar de reír, era una sincera risa a la vez que nerviosa. Ninguno de los dos podía dejar de pensar en el otro, preguntándose qué estaba surgiendo entre ellos, preguntándose el significado de las sensaciones que los invadía y abrumaba. Pensamiento a pensamiento, sensación a sensación, sus risas fueron apagándose hasta morir y convertirse en una tímida sonrisa. Ninguno de los dos volvió a decir nada, las palabras quedaron silenciadas por el ligero cosquilleo que les provocaba placer y miedo a partes iguales. Largos minutos permanecieron en la misma posición, apoyados en aquella celosía, que les daba una visión codificada del otro. Ninguno apartó la vista, tampoco borró la delatadora sonrisa de los labios que no volvieron a hablar.

\*\*\*\*\*

El domingo pasó con su característico tempo, tranquilo, sin prisas; con la gran diferencia de preceder a un lunes diferente, a una semana diferente, a una concepción de la vida que distaba de la conocida hasta el momento. El silencio dominical solo fue roto a ambos lados de la valla divisoria por el incesante número de llamadas de familiares y amigos. Ambos levantaban la misma preocupación en los suyos: su soledad. Sin embargo, Abril y Bruno tenían claro que aquella soledad no era del todo cierta. Los dos sabían que no estaban solos, ambos sabían que aquel 14 de marzo no solo se había iniciado el confinamiento sino algo indefinido e indescriptible estaba naciendo entre ellos.

Las conversaciones telefónicas, la lectura y el temor a ese lugar desconocido al que su propio juego los estaba llevando, los hizo mantenerse alejados de su frontera divisoria. Ninguno cruzó la cristalera de la terraza, una vez más sin ponerse de acuerdo, tomaron la misma decisión: no cruzar al otro lado del salón, alejarse del otro sin saber muy bien el porqué. Aquel absurdo veto solo les provocó mayor nerviosismo cuando las saetas del reloj fueron acercándose a las diez de la noche. Según los minutos se iban acercando a la hora pactada para el segundo aplauso colectivo, sus nervios se acentuaron, como también incrementó el deseo por ver al otro.

Ventanas, balcones y terrazas fueron iluminándose, el murmullo de voces de vecinos hablando de balcón a balcón, como nunca antes lo habían hecho, fue aumentando de decibelios. Abril encendió la luz de la terraza, la luz de Bruno estaba apagada, eso la decepcionó, tenía ganas de verlo, de hablar con él, aunque solo fuera a través de la celosía de madera. Su sonrisa se asomó divertida a sus labios al ver a los vecinos del ático B del patio 1 saludarla efusivamente, de inmediato, ella devolvió el saludo a aquella pareja a la que no conocía, pero quería conocer.

Las conversaciones cruzadas entre balcones se tornaron en vítores, aplausos y cánticos colectivos. Abril hizo un barrido visual por los balcones, dándose cuenta que aquellos rostros que apenas percibía. terminarían siendo caras familiares.

—Buenas noches—La saludó Bruno al encontrarse con su mirada en su recorrido por los balcones.

Abril sonrió y sin dejar de aplaudir se acercó a su particular frontera.

—Buenas noches.

—No te había visto desde esta mañana.

—Ni yo ti—clavó la mirada en la de él—. El tiempo no acompañó esta tarde para estar en la terraza—se excusó, cuando ella sabía que aquella era una verdad a medias.

—¿Has hecho las paces con Roberto?

—Por el momento no—respondió divertida—. ¿Qué tal tu libro?

—Muy interesante.

—¿Qué lees?

—*1Q84*, ¿lo conoces?

—Sí y no—Amplió su sonrisa al ver su mirada por la inconcreción de su respuesta—. Me explico...

—Sí, explícate—dijo con cara de guasa.

—Sé que es una historia de amor entre un profesor de matemáticas y una misteriosa mujer, que resulta ser una asesina—dijo con cara de burla al ver su cara, intuyendo que había captado la segunda lectura de sus palabras—. Bueno, eso es un resumen muy breve, sé que hay todo un entramado de sectas y que Murakami juega con el título, obvia la comparación con Orwell y su *1984*. En resumen, no la he leído, pero Mario la estaba leyendo y me dijo que era muy buena, de hecho, tengo su libro sobre la mesita de noche a la espera de ser leído.

—¿Quién es Mario?

—El culpable de que yo viva en Valencia y sea tu vecina.

—Fíjate por donde me cae bien—dijo con un guiño—. Tiene buen gusto literario y con las mujeres—le guiñó un ojo— y, ha hecho que yo no pase solo el confinamiento.

El silencio volvió a envolverlos, los aplausos habían cesado sin que ellos se dieran cuenta, como tampoco percibieron que una vez más volvían a ser el punto de interés de Fernando, que sabía que ahí había mucho más que conversaciones entre vecinos.

—Supongo que he de darte las gracias por la parte que me toca. En cuanto a Mario es cierto, es un gran lector...

—Ahora solo espero que no seas una asesina como Aomame—Con cara de burla comentó.

—Mmm... Me has pillado—dijo sonriente—, pero no me descubras, por favor.

—Mis labios están sellados—respondió pasando los dedos a modo de cremallera por los labios.

Sus miradas pasaron de observar al otro a perderse en la oscuridad que, tras la desaparición de los vecinos, incluso Fernando, obligado una vez más por Laura, había entrado en casa, se había hecho de golpe. Los ojos de Abril siguieron a un gato que paseaba por el borde de la piscina. Bruno la miró de reojo, intentando buscar un tema de conversación o alguna excusa para retenerla allí.

—Bueno, me retiro—Abril se giró hacia él para poder mirarlo.

—¿Ya? ¿Qué prisa tienes?

—Tú estás de vacaciones, yo mañana trabajo, desde casa, pero trabajo.

—¿No me dirás que ya te vas a acostar?

—No—sonrió al ver las claras intenciones de Bruno de retenerla—. Rara vez me acuesto antes de las doce, pero quiero saber si puedo hacer las paces con Roberto.

—Así que me abandonas por ese tal Roberto.

Raquel no pudo reprimir la risa.

—Sí, te ríes, pero es cierto. Dime, qué tiene ese Roberto que no tenga yo—Bruno se aguantaba

las ganas de reír, más aún al ver la cara de Abril.

—¿Me lo preguntas en serio?

—¿Tú me abandonas por él en serio?

—Bruno, comienzas a preocuparme, solo llevas veinticuatro horas de encierro y ya desvarías—Sin apartar la mirada de la de él comentó—. Bueno, igual la locura ya la traías de antes, al fin y al cabo, para mí no existías antes de ayer.

—Entonces lo prefieres a él porque lo conoces de antes—Con cara de burla intervino—, ese no es motivo y, además, nos conocimos el viernes te lo recuerdo.

—Vaya, el mismo día que conocí a Roberto—Sus ojos lo miraban divertidos—, por cierto, Roberto conoció a Raquel en un ascensor.

—Curioso, el mundo está lleno de coincidencias, encuentros en ascensor, profesores de matemáticas y mujeres misteriosas.

—No soy asesina.

—Bueno, eso es discutible. Por el momento, has asesinado mi intento de pasar un rato más contigo hablando tranquilamente.

—¿Tú crees? ¿Y qué estamos haciendo entonces ahora mismo?

—Vaya, al final, tendré que agradecerle al tal Roberto darme motivos para conversar contigo.

—Si se cuele en mis sueños se las daré de tu parte.

—Prefiero colarme yo.

—Que educadito, se las quieres dar en persona.

—No pensaba en eso.

Abril no supo que contestar. Nerviosa se mordió el labio inferior al tiempo que se clavaba las uñas en las palmas de las manos

—Hace algo de frío, me voy a leer, nos vemos mañana. Buenas noches, Bruno.

—Dulces sueños, Abril.

Una vez junto a la puerta se giró, algo le decía que él seguía allí a la espera de que ella se girara, como así lo hizo. Sus ojos se sonrieron y sus labios articularon un silencioso «buenas noches».

\*\*\*\*\*

Abril apagó el despertador, tal y como era su costumbre ya llevaba media hora despierta cuando la voz de Alborán y su versión de *Peces de ciudad* avisaba que era la hora de levantarse. Canturreando la canción se levantó descalza y abrió la persiana, de inmediato la luz del sol se adentró en la habitación. Abrió la ventana y se dejó acariciar por el fresco aire de la mañana, tal y como hacía cada mañana, estuvieran en la estación que estuviesen e hiciera frío o calor.

Aquel primer lunes de confinamiento para ella seguía siendo un lunes al uso. Un lunes en el que trabajaba desde casa. A las nueve tenía una reunión para establecer las pautas para los siguientes días, semanas, nadie sabía cuánto iba a durar el estado de alarma, pero lo que ella sí sabía, era que la formación online continuaba, la única parte de su trabajo que quedaba relegada en un cajón, era su favorita: los viajes y el trato cara a cara.

Aquella mañana no salió a desayunar a la terraza, su día estaba completamente organizado y, no podía salirse de su rutina si no quería fallar. Mantenerse alejada de la terraza le costó, el azul del cielo invitaba a salir, pero sobre todo lo que le apetecía era la posibilidad de encontrarse con Bruno, aunque imaginaba que, siendo tan temprano y estando de vacaciones, estaría aún en brazos de Morfeo.

Abril se llevó las manos a la cara para refrescar sus mejillas al desear estar ella en la piel del



dios griego, la temperatura de su cuerpo subió varios grados con aquella simple imagen. «Soy humana», una sonrisa iluminó su cara.

—El jodido vecino del ático B del patio 7 está más que bien—le resultó del todo imposible no reírse con su propio comentario.

Aquella imagen de Bruno no era del todo certera, si bien seguía en la cama, estaba despierto. Una vez más había olvidado desconectar la alarma, sin embargo, aquella mañana no lo había despertado, ya lo estaba cuando la música comenzó a sonar. No se levantó, no tenía ninguna prisa, estaba de vacaciones y no podía ir a ningún sitio, así que se acomodó y se sumergió en la lectura durante un par de horas.

Taza de café en mano salió a la terraza, su gesto fue inevitable, necesitaba comprobar si ella estaba al otro lado, como también lo fue la decepción al no encontrarla e imaginar que igual no la vería porque él estaba de vacaciones, pero ella no.

Sumergido en la lectura pasó gran parte de la mañana, sin embargo, sus sentidos se mantenían alerta, cada vez que oía o creía oír un ruido su cuerpo se ponía en guardia, hasta que sus ojos volvían a centrarse en la novela.

—Buenos días—dijo a Fernando nada más contestar a su llamada. Se levantó y saludó a su amigo que hacía lo mismo desde la terraza de enfrente.

—¿Te han dejado solito?

—¿Cómo que si me han dejado solo? ¿He de recordarte que vivo solo? —Con cierto sarcasmo en su tono de voz contestó.

—Eso lo sé, pero también sabes tú de lo que hablo. Te gusta, ¿verdad?

—¿Qué?

—Bruno, nos conocemos, responde. No, no lo hagas. No necesito que me digas nada.

—Fernando, deja de inventar.

—¿Invento si digo que lo primero que hiciste esta mañana fue comprobar que Abril no estaba al otro lado? —Su sonrisa podía apreciarse por el teléfono—. Ni se te ocurra negarlo porque te he visto.

—¿Ahora me espías?

—No, no te espío, solo te vi. Dime, ¿te gusta?

Bruno volvió a quedarse en silencio.

—Vaya, es mucho más que una atracción física. Ese silencio tuyo te delata.

—Fernando no...

—Bruno, nos conocemos. Sé lo que me vas a decir, que no os conocéis y todo ese rollo, pero yo os vi este fin de semana muy entretenidos.

—Es agradable.

—Ya claro, muy agradable.

—A ver, Fer, muy bien. Nos llevamos bien, hay una conexión especial entre nosotros, pero eso no significa nada.

—Sí, sí, porque estamos confinados y no podéis cruzar al otro lado, si no seguro que ya hubieseis quedado fuera de la terraza.

—No, justamente, toda esta mierda es lo que nos ha acercado. Esta situación es la que ha provocado esta...—La voz de Abril hablando por teléfono lo hizo callarse, contener la respiración y sentir un intenso cosquilleo recorrer todo su cuerpo.

—Está en la puerta—intervino Fernando—. Bruno, Bruno... Llámalo como quieras, pero te acabas de delatar. Tu respiración se aceleró al imagino escuchar su voz, si no lo veo, no lo creo. Hala, te dejo para que puedas hablar con ella.

Bruno dejó el móvil junto al libro, estiró el brazo a modo de saludo y se sentó junto a la valla divisoria. Ni pestañeaba, casi ni respiraba por no ser descubierto. —Esto es absurdo—murmuró entre dientes. Cogió el libro, lo abrió por la página señalada, apoyó su cabeza en la valla e intentó leer.

Cinco minutos estuvo leyendo, cinco minutos en los que no fue capaz de pasar de la misma página. Cinco minutos de lectura en los que su cerebro no había retenido ni una sola palabra, sin embargo, sí había retenido palabra por la palabra la conversación de Abril con su madre. Cinco minutos en los que refrenó sus deseos por asomarse y saludarla espontáneamente.

—Mamá, te tengo que dejar, he de regresar a mi trabajo—El corazón de Bruno se aceleró al escuchar su voz cerca de la valla. Cerró los ojos y se concentró en su voz, sintiéndose estúpido por lo que le estaba pasando—. Mamá, de verdad, no te preocupes. Estoy bien de verdad—Bruno sonrió al escuchar a Abril refunfuñar.

—Pero, cariño, no lo entiendo. ¿Por qué no te vienes para Madrid? Ya no estás con Mario, los últimos meses has estado viniendo los fines de semana, ¿por qué no te vienes definitivamente?

—Mamá, la conversación comienza a entrar en bucle—se quejó—. No, no estoy con Mario, pero eso da igual, me gusta vivir aquí, ¿no puedes entenderlo? —Bruno se alegró al escuchar las palabras de Abril—. ¿Qué? No, mamá, no hay nadie...—Raquel se calló, la imagen de Bruno le vino a la mente.

—¿Por qué no me convence tu tono de voz?

—Ay, mamá, no seas pesada. Está bien, igual, pudiera ser...

Bruno miró a través de las rendijas de la valla, de pronto, solo escuchaba a los pájaros que canturreaban alegres en los árboles. Abril no estaba en la terraza, se levantó y asomó con cuidado al otro lado. Nada, no había rastro de ella.

—Mierda... ¿Pudiera ser qué? —murmuró.

\*\*\*\*\*

Eterno. Aquel primer lunes se le estaba haciendo eterno. Miró la hora, aquella debía ser la decimoquinta vez que miraba el reloj en las últimas dos horas, minutos faltaba para las ocho. La nueva hora para los aplausos, su hora de la esperanza, pues, esperaba que ella saliera a aplaudir, tal y como había hecho los últimos dos días.

Envuelta en el vapor creado por la larga ducha caliente, que acababa de darse, Abril salió a su habitación, desde allí comenzaba a escucharse la incipiente algarabía de los balcones.

—Mierda, al final, llego tarde. Ya recogeré luego.

Apagó la luz del baño y tras sacudirse el mojado pelo salió corriendo de la habitación. Miró la hora en el móvil, dos minutos faltaban para las ocho, tomó aire y salió al balcón. Sin quererlo sus ojos se posaron en la terraza de Fernando y Laura, los saludó, en seguida su saludo fue devuelto.

Todos los sentidos de Bruno se pusieron en guardia. El gesto de sus amigos decía que ella estaba al otro lado. Aquel no era el único indicio que le avisaba de su presencia, el delicioso y cítrico aroma del que debía de ser su perfume le había adelantado la noticia. Bruno intentó parecer sosegado, con fingida calma e impostada indiferencia caminó los pocos pasos que lo separaban de la irónica valla que, con sus apenas quince centímetros, le impedía acercarse a ella.

Bruno concentró su atención en los balcones de enfrente, evitando el de sus amigos e intentando no asomarse desesperado al otro lado de la valla medianera. Pocos eran los balcones vacíos, sonrió al ver a varios vecinos salir corriendo, como si su balcón fuera un palco de teatro y el primer aplauso, que recién se oía y acababa con los murmullos, fuera la señal que avisaba del inicio del espectáculo.

Abril se acercó a su lado de la valla, no necesitó mirar al otro lado, nada más estar junto a la madera sintió su presencia.

—Hola—dijo sin parar de aplaudir, mirándolo con el rabillo del ojo.

—Hola—respondió él, mostrando la misma impostada indiferencia.

—¿Hay más gente hoy o me lo parece a mí?

—Diría que sí, supongo que, al ser más temprano, hay más niños que el pasado fin de semana, sin contar que se habrá sumado más gente, porque a todos nos apetece este momento de ver más rostros.

Ninguno de los dos hizo por mirar al otro, como si se hubiesen puesto de acuerdo, ambos decidieron no mirarse, no tanto por mostrar indiferencia, sino por ocultar lo mucho que ansiaban aquel momento.

—¿Qué tal el día? —se interesó Bruno.

—Uff...Liada, se me ha pasado sin darme cuenta. A las nueve tuve una reunión por videoconferencia con mi jefe, luego estuve hablando con la gerente de la empresa a la que supuestamente iba la próxima semana.

—¿Aquí en Valencia?

—No, en San Sebastián.

—Bonita ciudad.

—Sí, muy bonita.

—¿Suspenden el curso?

—No, cambiamos el curso presencial por online.

—¿Puedo preguntar de qué das clases?

—Scrum—Lo miró y se encontró con su mirada de incompreensión.

—¿Scrum?

—Sí, mayoritariamente, es en lo que estoy centrada ahora.

—Es mucho pedir que me digas qué demonios es eso.

—¿Resumen breve o explicación larga?

—Con la explicación breve me vale, deja la larga para cuando nos podamos tomar una cerveza juntos, quiero decir sin esta valla de por medio.

—Muy bien—sonrió—. Gestión de proyectos.

—¿Y no podías haber dicho eso desde el principio?

—No es lo mismo.

—Vale, vale. Me debes una cerveza.

—No, tú me la debes, yo te debo la explicación larga—Clavó su mirada en la de él—. ¿Qué tal tu lunes?

—Largo y tedioso.

—Lo siento, seguro que una vez pasen tus días de vacaciones, ya no será así.

—Seguro.

—¿Sabes qué vais a hacer?

—Aún no lo tengo claro, igual necesito un curso de esos, pero yo lo quiero presencial.

—A mí también me gusta más las clases presenciales—respondió a sabiendas de lo que él quería decir. —. Bueno, me voy a preparar la cena.

—¿Tienes planes o cenas conmigo?

—Pues sí los tengo.

—¿Estás de coña?

—No, para nada—rio, aunque ahora lamentaba no poder cenar con él—. He quedado con unas

amigas, vamos a cenar en *streaming*—le enseñó la lengua al ver su cara—. El sábado falté yo—sonrió—. ¿Recuerdas aquella llamada mientras hablamos el sábado por la mañana?

—Sí, recuerdo que me dijiste que era un nuevo factor en juego en la distancia relativa o, algo así.

—Sí, pues, era una de mis mejores amigas. Se suponía que yo iba a estar en Madrid, teníamos una cena, al no poder ser. Montaron una cena...

—Y tú cenaste conmigo...—la interrumpió.

—Sí, exacto, ya había quedado contigo cuando hablé con ella...

—Y preferiste cenar conmigo, me halaga...

—Te vi tan desesperado—respondió con cara de burla—, que me dio terror anular la cena.

—¿Desesperado? —Se hizo el ofendido.

—Sí, desesperado...

—¿No serías tú la desesperada?

—Eres tú el que quieres volver a cenar conmigo.

—Y tú quien prefirió cenar conmigo, que solo soy el vecino del ático B del patio 7, en vez de con tus amigas de toda la vida—Una sonrisa de victoria se asomó en sus labios—. Vaya, la vecina del ático A del patio 7 se ha quedado muda.

—Sabes, por unos instantes pensé en cambiar mis planes o en invitarte a una copa post-cena...

—Estoy muy desesperado—La interrumpió—, tú solo hiciste un acto de caridad cristiana al quedar conmigo y, de hacerlo hoy, las puertas del cielo te serán abiertas de par en par.

Abril lo miraba sin pestañear, hacía un verdadero esfuerzo por no reírse, especialmente al ver reflejados los mismos esfuerzos en él.

—No puedo cambiar la cena—respondió mirándolo a los ojos y sintiendo unas tremendas ganas de saltarse el confinamiento, llamar a su puerta y besarlo. Solo la frenaba la sensatez, aquella misma mañana se había enterado que un compañero estaba en cuarentena y, habían estado juntos hacía menos de una semana—. El sábado les oculté parte de la verdad, te cambié de sexo. Para mis amigas no te llamas Bruno, sino Noelia—sonrió—. No tenía ganas de ser sometida a un tercer grado.

—Cobarde—murmuró sonriente, acercándose todo lo que la valla le permitía. Abril se retiró de la valla para su decepción.

—Perdona Bruno, esta mañana me he enterado que Rafa, un compañero de trabajo, está en cuarentena. No le han hecho la prueba, presenta alguno de los síntomas, igual es una simple gripe. La valla no te protege de mí.

—No, no me protege, me separa.

El silencio se hizo entre ellos, sus ojos se miraban y hablaban, entre ellos corría mucho más que el fresco aire de la noche.

—Bruno, he de entrar—El tono de voz mostraba mucho más que pesar—. No te digo lo de la copa porque mañana madrugo, pero sí quieres mañana podemos cenar.

—De acuerdo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

\*\*\*\*\*

Hola, ¿estás ocupada? ¿Puedo llamarte?

He de contarte algo.

No eran ni las ocho de la mañana, Abril sabía que su amiga ya estaría en marcha y, desde su último encuentro con Bruno necesitaba sincerarse con su amiga, soltar todo lo que estaba surgiendo dentro de ella. No llegó ni a soltar el teléfono sobre su mesa de trabajo, la llamada de Alex fue inmediata. Conectó el auricular y no tuvo tiempo ni a saludar.

—¿Qué pasa? —Preocupada preguntó Alex.

—No, no te preocupes. No ocurre nada, pero necesito contarte algo.

—¿Algo de qué? —Intrigada preguntó—. Espera no me digas que has vuelto con Mario y que el sábado te inventaste toda esa historia de tu vecina y, en realidad, lo tienes ahí en casa.

—¡No! —exclamó divertida—. Esto no tiene nada que ver con Mario, pero sí con mi vecina.

—¿Qué le pasa a tu vecina? ¿Has descubierto que te gustan las mujeres y te has enamorado de ella?

—¡Alex! —No podía parar de reír—. Lógico que seas guionista de series de televisión, te has montado una película impresionante. No, no me gustan las mujeres, pero no tengo vecina sino vecino. No se llama Noelia, sino Bruno y ha despertado en mí algo muy fuerte. Joder, Alex, no sé qué demonios tiene, pero me gusta y mucho.

—¡Eres una cabrona mentirosa! —El grito retumbó en los oídos de Abril—. Mira que la historia de la vecina me resultó muy extraña, pero me callé, porque creí que toda la historia era por Mario y no nos querías decir que volvíais a estar juntos, pero esto...

—Lo siento, siento haberte mentido. Ayer pensé en decir la verdad, pero no me vi capaz de enfrentarme a todas al mismo tiempo, tampoco sé qué está pasando entre nosotros, pero necesitaba contártelo.

—¿Qué quieres tú que pase?

—No lo sé, Alex. Todo es muy raro. No nos habíamos visto nunca, el viernes fue la primera vez que coincidimos en el ascensor y el sábado nos vimos...—Una sonrisa afloró en sus labios—. Nos saludamos y nos enredamos en una conversación, cuando me llamaste iba a contestarte, pero no sé por qué sentí la necesidad de seguir hablando con él y así quedamos para cenar. El domingo volvimos a pasar un buen rato por la mañana hablando a través de la dichosa valla que separa nuestras terrazas y, luego por la noche y...ayer...

—Vaya, esas son muchas citas para recién conocerse.

—¿Citas? ¡Solo nos vemos en la terraza!

—Lámalo como quieras, pero a mí me parecen citas en toda regla. ¿Qué pasó ayer?

—Ayer volvió a decirme de cenar, pero ya había quedado con vosotras.

—Si nos hubieras dicho la verdad...

—No, tampoco puedo darle la importancia que no tiene.

—La importancia que no tiene—rió—. Abril, son muchos años de amistad como para saber que te estás enamorando de tu vecino. ¿Tengo o no tengo razón? —El silencio se hizo en el teléfono. Abril no sabía qué contestar, mejor decir que le daba miedo su respuesta. Alex no la necesitaba, conocía demasiado bien a su amiga como para necesitar la confirmación a su pregunta. —. Mucho tardas en contestar. ¿No estarás pensando en volver a mentirme?

—Nooo.

—¿No qué? ¿No me mentirás?

Abril hizo una mueca al escuchar el tono de mofa de Alex y al visualizar la cara que estaría poniendo su amiga.

—No...Bueno, eso también o tampoco, ya no sé ni lo que digo.

—Uff...Estamos mal, el vecinito te pone nerviosa sin estar presente.

—¡No te rías de mí! ¡Eres odiosa!

—Vaya par estamos hechas, yo odiosa y tú mentirosa. Mira, rima y todo. ¿Te gusta cómo titulo para serie? «Yo odiosa y tú mentirosa». Ellas creían ser amigas, pero una de ellas descubrió las mentiras de la que creía su mejor amiga...

—¡Estás fatal! —rio Abril.

—Yo estoy fatal y tú loquita por ese tal Bruno. Dime, ¿está bueno?

—No está nada mal—Abril se recostó en el sillón, jugueteaba con un mechón de pelo mientras abría el correo electrónico—. Y no solo es guapo, es que el jodido te atrapa en la conversación. ¿Tuviste alguna vez un profe de mates que estuviera bueno?

—Querida recuerda que soy de letras puras, de haber existido un profesor de mates así, igual hubiese estudiado otra cosa.

—Idiota—Con una risa nerviosa respondió.

—Idiota no, es la verdad—se sumó a las risas—. Hostias, me estoy acordando del último profe de mates que tuve, pobre era tan poquita cosa y tenía un problema de sudoración.

—¿Hablas de Ramón Mendoza?

—Ese mismo, ¿recuerdas cómo sudaba?

—Sí, la verdad es que era una cosa exagerada.

—Recuerdo que Antonio. ¡Hostia! ¡Antonio! ¿Recuerdas a Antonio?

—No, no recuerdo a Antonio. ¿Quién es Antonio?

—Joder, el de los ojos verdes.

—Sííí, ¿se llamaba Antonio?

—Se llamaba y llama, no lo mates. Joder, ¿seguirá estando igual de bueno?

—Alex, ya no te disperses más. Yo tengo que trabajar.

—Perdona, bonita, tú fuiste la que me llamaste para hablarme de tu Bruno.

—No es mi Bruno—respondió con una risa floja.

—Nena, tú estás muy mal. ¿Y cuánto tiempo vais a aguantar uno a cada lado de la valla? — Alex no pudo evitar reírse.

—Eres una bruja, ¿te estás riendo de mí? ¿Sabes lo que me costó anoche no saltar la valla y darle un beso?

—¿Imaginas que una vez os podáis besar vas y descubres que besa fatal?

Abril no podía parar de reír escuchando los disparates de su amiga.

—Alex, te tengo que dejar. He de empezar a trabajar que ya es hora. Te llamo a la tarde y hablamos.

—¿Has quedado con él hoy?

—Sí, cenamos juntos.

—¿Si te robo tu historia y la cuelo en una serie te mosqueas? Ya la veo, «Amar en tiempos del Coronavirus». No, no te rías. Estoy visualizando toda la historia, ahora mismo me pongo con los dedos a las teclas. Hala, te dejo trabajar, yo ya tengo el próximo éxito de Netflix.

—¿No hablarás en serio?

—Del todo, no te preocupes os cambiaré los nombres—rio—. La banda sonora será *Quién me ha robado el mes de abril*—dijo sin parar de reír—. Bueno, no, porque la protagonista no llevará tu nombre—No podía parar de reír—. Ahora la que pega es el *Resistiré* o *Sobreviviré*.

—¿Por qué somos amigas nosotras?

—Porque siempre he escuchado tus penas de amor, desde la guardería las estoy aguantando.

—¡No te jode! ¡Y yo las tuyas!

—Entonces nuestra amistad es solo porque somos un par de tacañas y no queremos pagar el

psicólogo.

—Psiquiatra, nosotras necesitamos psiquiatra.

—Sí, casi mejor. Hala, te dejo trabajar.

—Alex...

—Dime.

—¿Qué pasaba con Antonio y Ramón Mendoza? ¿No me digas que a Antonio le gustaba?

—¡Noooo! A Antonio le gustabas tú.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Joder, primera noticia.

—Claro, tú andabas enamorada de David.

—Bueno, dime qué pasaba con el de los ojos verdes y Ramón Mendoza—se interesó sin poder evitar la risa—. David, mira que estaba bueno. Anda, cuéntame que me estoy perdiendo—rio.

—Antonio tenía su teoría, decía que sudaba tanto de comer tantas acelgas y zanahorias.

—¿Qué dices? —preguntó riendo.

—Era vegetariano.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Y yo qué sé. Teorías de quinceañeros enamorados de chicas que no le hacen caso— A sus risas se sumaron las de Abril.

—Hala, se acabó procrastinar. Besitos.

—Besitos.

\*\*\*\*\*

No faltaba nadie. Los balcones bullían, la inconfundible algarabía previa a los aplausos comenzaba a adueñarse del vecindario. Nervioso salió al balcón, aquella no era solo la hora del aplauso diario, aquella era la hora que llevaba esperando todo el día. Si el día anterior le había parecido interminable, este se le había hecho eterno. No sabía qué hacer con tantas horas libres. No estaba acostumbrado a pasar tantas horas en casa y mucho menos lo estaba a esa sensación, que lo estaba matando. Él siempre había sido hombre de impulsos y, aguantar las ganas de no salir de su casa y tocar en la puerta de Abril, estaba siendo un verdadero acto de constricción.

Nunca su casa había estado tan limpia y recogida. Nunca antes había pasado tantas horas leyendo en la terraza a la espera que ella saliera un momento, pocas eran las páginas que lo distaban del final de la novela y, no era precisamente corta.

*Resistiré* comenzó a sonar, las voces y aplausos de los vecinos se mezclaban en la oscuridad. Pocos días quedaban bajo aquella oscuridad, unos días los separaba del cambio horario, pronto se verían las caras y se haría imprescindible peinarse y quitarse el pijama para salir a aplaudir. No era su caso, que se había recortado la barba y perfumado para salir a aquella «no cita».

Sus ojos se encontraron, sus labios se sonrieron al encontrar la del otro, ambos coreaban el que se había convertido en el himno oficial de aquellos días de confinamiento, ambos se planteaban si serían capaces de resistir aquel cosquilleo que los invadía.

—¿Qué tal el día?

—Liada.

—¡Qué envidia me das! —Se acercó todo lo que podía a la valla. Ella, por su parte, se mantuvo firme en medio de la terraza, deseaba acercarse, pero tenía que respetar la distancia de seguridad.

—Estoy segura que de no estar metidos en esta situación, sería yo la que envidiaría tus ociosos

días—se sonrieron—. Además, no me creo que haya sido tan malo...

—Mejora por momentos—respondió en la más íntima de las voces, consiguiendo que el rubor subiera a sus mejillas. —. Este se ha convertido en mi momento favorito del día.

—¿Salir a aplaudir? —preguntó sabiendo que no hablaba de eso.

—No, verte a ti—dijo a corazón abierto. Abril no esperaba aquella sinceridad, él tampoco—. Tú eres mi momento favorito del día. Odio con todas mis fuerzas esta dichosa valla y odio que tú pases todo el día dentro de tu casa mientras yo salgo a la terraza con la esperanza de verte un instante—Bruno hablaba sin dejar de mirarla. Abril no podía apartar la vista de sus ojos, de sus labios—. Y odio este ataque de sinceridad, me siento de lo más ridículo. Ni con quince años hice tanto el imbécil por una chica.

—Bruno—lo interrumpió—, yo también odio esta dichosa valla. Te aseguro que ahora mismo le daba cotilleo al vecino del ático B del patio 1 y te besaba, pero...

—¿Pero? —Aquellas palabras fueron como una inyección de oxitocina en vena—. ¿Cuál es el «pero»? ¿A la mierda la cuarentena, ahora mismo voy para tu casa!

—No, ni se te ocurra. Seamos sensatos. Yo he estado en contacto con alguien que igual está infectado, esperemos. Llevamos cuatro días confinados, solo quedan once...

—Once días son muchos días.

—Podemos desayunar juntos cada día. ¿Por cierto, sabías que la ventana de mi cocina es la que está justo frente a la tuya?

—No, creía que esa era del ático C.

—Pues no, lo descubrí esta tarde, te vi pasar por delante de la ventana.

—¿Me espiabas? —Con cara de burla preguntó.

—Bebía agua y te vi. No suelo espiar por las ventanas, aunque...

—Aunque...—repitió con ganas de saber cómo continuaba.

—Aunque estos días yo también he cotilleado por esta dichosa valla—Mantener la distancia le estaba costaba verdaderos esfuerzos. Dio dos pasos hacia él, al darse cuenta los retrocedió.

—Once días, ¿de verdad? Esto va a ser muy largo. Recuerdo una vez que mi madre me quitó mi juguete favorito, no me lo dejaba coger, pero me lo dejó a la vista para que lo viera, así me tuvo unos cuantos días.

—¿Cuál era tu juguete favorito?

—Un barco pirata de los Clicks de Famobil, Playmobil para las nuevas generaciones. Aún lo tengo, es mi más preciado tesoro, creo que fue de tanto desearlo.

—Pudo haber ocurrido que descubrieras otras cosas que te gustaran más.

—No fue así.

—No.

El silencio se hizo entre ellos. Varios minutos estuvieron en la misma posición, contemplándose desde la prudente cercana lejanía. Ninguno recordó la cena, tampoco tenían hambre, más que de seguir conociéndose.

La conversación se alargó toda la noche. Sentados cada uno a su lado de la valla, pasaron toda la noche hablando, así Bruno conoció los tres grandes amores en la vida de Abril. Y Abril conoció los nombres de las cuatro mujeres, que habían pasado por su vida. Abril le habló de sus amigas, especialmente de Alex y, él le habló de todos y cada uno de sus amigos, haciendo una parada especial en Fernando.

Ninguno de los dos se dio cuenta, pero en algún momento y bajo la calidez de la manta, que cada uno había ido a buscar horas atrás, arrullados por el suave sonido de sus respiraciones y el murmullo de sus voces, se quedaron dormidos hasta que los primeros rayos de sol y el canto de



los madrugadores pájaros los despertó.

—Abril, ¿estás dormida? —Adormilado, dolorido y asombrado preguntó Bruno al despertarse y darse cuenta que se habían quedado dormidos mientras hablaban.

Abril entreabrió los ojos, estaba completamente perdida, no entendía muy bien dónde estaba. Estiró las piernas, dormidas por la posición, y se giró para ver la cara de Bruno al otro lado de la valla.

—Buenos días, cuando te dije de desayunar juntos no me refería a esto—Con una leve sonrisa comentó, lamentando no poder acercarse más, acurrucarse a su lado y besarlo. —. Hoy no me despierta Alborán.

Y como si de un hechizo se tratase la voz de Alborán comenzó a sonar en su móvil, avisándole que el reloj marcaba las siete.

—Curioso, siempre me despierto media hora antes de sonar el despertador.

—Y eso que tenemos la valla de por medio—Con una pícara sonrisa contestó—. Y digo yo, ¿no nos podíamos haber conocido hace unas semanas?

—Igual el encanto reside en estar tras la valla, ¿quién te dice que cuando podamos estar sin ella dentro de once días todo pierda su encanto?

—Deja que lo dude y, no me añadas días. Ya solo faltan diez días.

—Cierto, esto de no habernos acostado me tiene confundida.

—¿No habernos acostado? —Con aire socarrón preguntó.

—No busques ambigüedades lingüísticas, sabes de lo que hablo, listillo. Cosa que tú puedes hacer ahora, yo he de darme una ducha y desayunar.

—¿Desayunamos juntos?

—Bruno, yo trabajo.

—Pero, tú misma has dicho que vas a desayunar, digo yo que podemos hacerlo juntos, o ¿no?

\*\*\*\*\*

Aquel desayuno marcaría el primer día de una nueva etapa en su confinamiento. Aquella mañana para ellos todo cobró un cariz distinto. Sí, por supuesto, las cifras de infectados y los fallecimientos los estremecía, pero ellos vivían una cuarentena diferente. De pronto, todo lo relacionado con mascarillas, gel desinfectante, guantes, ERTES y disputas políticas parecía estar en una realidad distinta a la suya.

Día a día, aquella realidad se convirtió en su propia y particular realidad. Los días se iniciaban con un mensaje de «buenos días» desde la cama y posterior desayuno en la terraza antes de sentarse frente a la pantalla del ordenador.

La jornada de Abril, acostumbrada a teletrabajar, estaba perfectamente estructurada, paraba para tomar café, para comer y a las seis desconectaba hasta el día siguiente. El horario de Bruno no era tan ordenado, lo intentaba, pero le era del todo imposible. Todas las horas sobrantes al inicio del confinamiento le faltaban ahora. Las horas se le escurrían entre reuniones de coordinación con sus compañeros de departamento, con los tutores de los diferentes cursos a los que daba clase y su propia tutoría. A eso se le añadía los emails a padres y alumnos, el envío de deberes y su posterior corrección.

—¿Has visto alguna vez una película de apocalipsis en la que los protagonistas den clases online? —le planteó en una de sus múltiples charlas a Abril para su diversión—. Señor zombi deje su ataque para dentro de un rato, ahora me viene fatal que he de hacer los deberes de mates.

Y así, entre desayunos, comidas, aplausos, cenas y largas charlas a través de la valla, que los separaba y unía, se fueron pasando los días sin darse cuenta.

—Así que esta noche es la gran noche...

—Uff... Alex, no me lo recuerdes. ¿Puedes creer que estoy histérica?

—Sí, claro que me lo creo. Hoy es la gran noche, lleváis muchas cenitas a la luz de la luna— soltó una risita floja, incrementada al escuchar refunfuñar a Abril—, desayunáis cada día juntos, pero mañana podréis *besayunaros* por primera vez.

—Dios, no me digas eso, que me pongo más nerviosa de lo que estoy ya.

—No seas tonta, ya verás que cuando lo tengas frente a ti se te pasan los nervios.

—Alex, y... ¿Y si no hay química entre nosotros?

—¡Qué dices! ¡No desvaríes! No hay tabla periódica que os pueda separar, ya te lo digo yo— dijo estallando en carcajadas al tiempo que provocaba la risa en su amiga.

—Te dejo que he de terminar de arreglarme.

—¿Dónde cenáis?

—En su casa.

—Así que Bruno te va a hacer la cena.

—Sí.

—Y mañana el desayuno...

—Calla—rio ruborizándose con el comentario—. Ya hablamos mañana.

—Muy bien, olvídate de mí. No tener noticias tuyas será la mejor de las noticias. Una escena similar se repetía al otro lado de la pared.

—Sí, ya lo tengo todo preparado, pero joder, ¿puedes creer que estoy atacado de los nervios?

—Normal, hoy Abril se dará cuenta que eres un fraude—se burló Fernando, estallando en carcajadas al escuchar los improperios de su amigo—. No te cabrees, sabes que es broma. Es normal que estés nervioso, pero relájate, ya verás que todo va bien. Una cosita, ¿la cenita es en la terraza?

—¡Serás cotilla! Capaz te creo de salir a cotillear.

—Sí, claro, de hecho, me he pedido un telescopio por Amazon para poder veros de cerca—No podía parar de reír, risas a las que se sumó Bruno—. Hala, me doy por satisfecho, he conseguido hacerte olvidar de tus estúpidos nervios por un momento. Tío, relájate, ya verás que todo va bien. ¿Quién nos iba a decir que te nos enamorarías en medio de la pandemia? Miento, en medio no, nada más empezarla. Por cierto, ¿ya has oído que se prorroga el estado de alarma?

—¿Lo dudabas?

—No, como tampoco me sorprenderá cuando tras esta tengamos otra prórroga más.

—Yo tampoco lo dudo. Fer, te tengo que dejar, aún he de ducharme y vestirme.

—Esto...—rio—. Ponte calzoncillos limpios.

—Gilipollas—rio asomándose al balcón y despidiéndose con un exagerado saludo.

—¡Yo también te quiero!

Aquel viernes noche ninguno de los dos acudió a la cita diaria de los balcones. Ambos estaban acelerados en casa, vistiéndose y desvistiéndose

\*\*\*\*\*

—Las nueve.

Inhaló y exhaló aire varias veces. Cerró los ojos y repitió un par de respiraciones en un intento de apaciguar sus evidentes nervios. Quitó la llave de detrás de la puerta, donde quince días atrás la había dejado al entrar en casa y no había vuelto a quitar; no había salido ni un solo día en las últimas dos semanas, ni tan siquiera para comprar, sumándose a las compras online. Salió de casa y volvió a entrar al recordar que había dejado el móvil, pudiera ser que su madre la llamara y se

preocupara al no contestar. Despacio cerró la puerta, recordó las salidas nocturnas y el cuidado al llegar a casa para no despertar a sus padres. No encendió la luz, ¿para qué? Puso el dedo índice sobre el timbre, pero no pulsó, estaba nerviosa. De pronto no sabía ni cómo saludarlo. Tanto desear la llegada de aquel día. Tanto fantasear con aquel encuentro, con los besos y los abrazos y, ahora estaba aterrada. «¿Y si la química desaparece al no estar la valla?».

—Relájate Abril—murmuró. Posó el dedo en el iluminado timbre y llamó a la puerta.

La voz de Zaz se vio interrumpida por una única y tímida llamada al timbre. La poca tranquilidad, que le quedaba, desapareció de golpe. Los latidos de su corazón sobresalían por encima de los acordes del *Qué vendrá*. «Yo también sigo mi camino», bajó el volumen, dejó el mando sobre el sofá y de un salto se levantó. Respiró con profundidad y salió al oscuro pasillo, cinco escasos metros lo separaban de la mujer, que estando a solo quince centímetros, parecía estar en la otra punta del mundo. Una vez junto a la puerta volvió a oxigenar sus pulmones, encendió la luz y, solo entonces se dio cuenta que iba descalzo, aquella había sido su normalidad en los últimos quince días.

El sonriente rostro de Abril, que se obligó a borrar el gesto de nerviosismo al escuchar cómo se abría la puerta, lo esperaba al otro lado de la puerta. Era curioso y extraño a la vez, con solo estirar el brazo podían tocarse, ya no se veían a cuadrículas, ya no estaba la valla medianera que los había separado las últimas dos semanas.

Semanas inquietantes, no solo por aquel desesperante encierro, por la cruda realidad que los envolvía, sino por sus cambios de ritmo, así como en las nuevas rutinas establecidas, que creía estar realizando toda la vida y no solo aquel mal contado medio mes.

—Hola—se saludaron tras inspeccionarse mutuamente. Por primera vez se veían enteros y sin *pixelar*.

Los nervios y la incomodidad por no saber qué hacer, cómo actuar, cómo saludarse en aquella primera cita al mismo lado de la frontera, eran palpables. Abril dio un paso adelante, acercó su rostro al de él, sintiendo la suavidad de su cuidada barba antes de dejarle un par de besos en las mejillas e impregnarse del aroma del perfume, que le delataba su presencia al otro lado de la valla antes de verlo u oírlo.

—Si lo llego a saber no me pongo zapatos—Sonrió al ver sus desnudos pies—o igual he llegado temprano y necesitas más tiempo. Si quieres vuelvo más tarde—retrocedió el paso dado.

—No—Raudo la sujetó por la muñeca izquierda—. No necesito más tiempo—La miró a sus brillantes ojos oscuros—. No lo creerás, en todos estos días no me he puesto zapatos ni un solo día y olvidé hacerlo.

—Te creo—respondió a un palmo de su cara—. Yo me los he puesto en tu honor.

—En mi honor—musitó. Sus palabras casi rozaban los labios de ella—. Me llena de orgullo, ¿ese vestidito también es por mí?

—No, por el vecino del ático B del patio 1—La risa la sobrevino arrastrándolo a él—, creía que lo tendríamos de espectador, pero ya empiezo a pensar que cambiamos de escenario y nos quedamos en el pasillo.

No se molestó en contestar, tiró de ella al interior de su casa y cerró la puerta sin el menor de los cuidados.

—En persona eres más alta—comentó arrinconándola entre su cuerpo y la blanca pared del pasillo.

—Los tacones ayudan, diez centímetros me han hecho crecer.

Bruno miró con atención los altos tacones, subió la mirada por sus torneadas piernas y por la

escasa y sedosa tela negra de su vestido. Abril estiró la mano hasta su barbilla y lo obligó a mirarla a los ojos, arqueando sus cejas al tener su atención.

—Diez centímetros... ¿De verdad, eso son diez centímetros?

—Veo que eres de los que tiene problemas con las medidas de longitud. ¿Acaso creías que eran veinte? —Su mirada y su sonrisa reflejaban su diversión y sus esfuerzos por no reírse.

—Yo no tengo ningún problema con las medidas de longitud, graciosa—replicó. Él no pudo aguantar la risa.

—Hombre, no debieras, eres profe de matemáticas, aunque a saber cuándo fue la última vez que viste tú una regla—No pudo resistir la tentación, estiró los dedos y acarició su recortada barba castaña—. No esperé que fuera tan suave—dijo sin apartar la mirada de la de él y sin dejar de acariciar su barba.

La respiración de ambos se agitó, ninguno miraba a los ojos al otro, sino a los apetecibles e invitadores labios del otro. Los dedos de Abril ampliaron su recorrido, se posaron en la nuca de Bruno, que recorrió los escasos centímetros que los separaba.

—Ya no tenemos la valla en medio—susurró con la frente apoyada en la de ella.

—No, ya estamos en el mismo lado.

Sin la más mínima de las prisas se acercaron, los dedos de Abril bajaron por la espalda de Bruno, notando cómo sus músculos se contraían a su paso. Similar sensación vivió Bruno al deslizar con descarado descuido los dedos por los desnudos brazos de ella. En una auténtica sincronía sus labios fueron abriéndose, acercándose a los del otro e invitándolos a posarse y adentrarse en ellos.

El tiempo se paró para ellos en el mismo momento en el que sus bocas se encontraron y saborearon con deleite, tal y como habían fantaseado en los últimos y eternos catorce días. Todo desapareció para ellos, ya nada era importante, aquellas paredes abarcaban todo su mundo.

Una vez más olvidaron cenar. Ninguno de los dos tenía hambre, solo de besos y abrazos. Sin dejar de besarse, de recorrer el cuerpo del otro, caminaron hacia el dormitorio. Abril no necesitó indicaciones, la distribución de la casa era similar a la suya, solo había que cambiar de lado, lo que en su casa estaba a la derecha en aquella a la izquierda y viceversa.

Los dedos de Abril se colaron por la cinturilla del pantalón de Bruno, entresacó la camisa blanca y comenzó a desabrochar con cuidado la fila de botones. Bruno no apartaba la vista de ella, imitó su leve sonrisa al escuchar el *This* de Ed Sheeran. Su rostro se tensó de placer por el paso de los fríos dedos de Abril por su desnudo torso.

Con rapidez Abril lo apartó con suavidad de ella al ver su intento de desnudarla. Bruno no opuso resistencia, la dejó seguir con su juego, con sus caricias. Tragó la saliva acumulada en la garganta cuando desabrochó el cinturón y los botones de sus vaqueros. El bello de su cuerpo se erizó por completo al Abril colar los dedos por la goma de su bóxer, en un acto reflejo contrajo sus firmes nalgas al tener las manos sobre ellas.

Imposible Bruno no pudo contener el gemido provocado por las placenteras caricias de los dedos de Abril bajándole los pantalones. Instintivamente levantó el pie derecho seguido del izquierdo para poder salir de los camales del pantalón. Su capacidad de contención desapareció al ritmo de Amy Winehouse. Ya no podía ser un mero sujeto pasivo en aquel juego de dos, en un rauda movimiento sus dedos encontraron y bajaron la cremallera del sugerente vestido. Dedos que se colaron por el recién abierto camino para acariciar la cálida espalda, que había quedado al descubierto. Sonrió al sentir los espasmos, producto de sus caricias, y se perdió en sus labios mientras la desnudaba y dirigía hacia la cama.

La cama se convirtió en un auténtico campo de batalla, poco tardó el blanco e impoluto

nórdico en caer al suelo junto a la ropa, siendo seguido de inmediato por la molesta ropa interior.

Abril sonrió cuando agitada y sudorosa se dejó caer junto a Bruno al reconocer la voz de John Legend a quien Michael Bublé acababa de darle paso. Bruno recorrió sus labios con los dedos. Devolviendo de manera totalmente inconsciente, la que para él ya era la sonrisa más bonita del mundo.

—Has apostado fuerte—murmuró, incorporándose hasta alcanzar sus labios y besarlos.

—¿Por? —La retuvo y volvió a besar.

—La música, te has currado la selección, veo que me prestas atención cuando te hablo—le sonrió—solo ha faltado Pablo Alborán.

—¿Estás segura? —Se llevó la mano derecha a la oreja derecha.

Los ojos de Abril brillaban en la semioscuridad del dormitorio, solo la tímida luna y los resquicios de la luz que entraba del salón los iluminaba.

—Y desafiando el oleaje sin timón ni timonel—canturreó casi dentro de la boca de él—. ¿Y cómo huir cuándo no quedan islas para naufragar?

Atento, sin pestañear ni moverse la escuchó cantar toda la canción apoyada sobre su pecho.

—...el cristal de los acuarios de los peces de ciudad, que perdieron las agallas en un barco de morralla...que nadan por no llorar—Embelesada se perdió en su mirada, esbozó una tímida sonrisa—. Amo las tres versiones, sé que tu favorita es la de Sabina, pero a mí esta me pierde.

—Tú sí que me pierdes—La interrumpió con un suave beso—. Y yo no necesito huir, no he estado en Camala ni Macondo, pero sí he leído *Pedro Páramo* y *Cien Años de Soledad*. Yo ya he encontrado mi propia isla y espero no naufragar—le acarició las mejillas—. Y te equivocas, la versión de Sabina ya no es mi favorita, me quedo con la recién escuchada.

—¿Con los Pablos?

—No, la tuya—la derribó en la cama—. Dime, ¿cuál es tu fallo?

—¿De verdad crees que te lo voy a decir? —respondió sonriente—. Tienes un estado de alarma por delante para descubrirlo.

—¿Solo el estado de alarma? ¿He de suplicar una prórroga infinita?

—No, por favor, necesito salir.

—¿Sola?

—O acompañada...

## La autora:

Nacida en Gran Canaria, como algunas de las protagonistas de sus historias el amor la hizo cambiar su isla por la tierra en la que viven muchos de sus personajes, Valencia. Esta licenciada en Filología Inglesa es mamá *fulltime* desde hace casi diez años, compaginándolo con su trabajo en *elfolandia*, blogger y escritora; colaborando con sus reseñas de literatura infantil para varias editoriales.

Hace poco más de ocho años, ¡el tiempo pasa muy rápido!, se lanzó al mundo de la blogosfera. En un principio comenzó con su blog maternal, **Cuando olía a vainilla**, bueno, más que maternal diría el blog en el que narra sus aventuras y desventuras con su comando piojo (su hijo humano y canino). Aventuras tocadas con unas gotitas de humor, porque la vida hay que tomársela así, si no malo sería.

Unos meses después y con el gusanillo del tecleo metido en la sangre se atrevió a abrir otro blog, **El diario de una pija**, y así nació la que sería su primera novela publicada bajo el nombre de **El Diario de Lucía**, primer libro de la saga: **Amigas y Treintañeras**. A esta saga también pertenecen: **Lola, mamá en apuros**, **Silvia deshoja la margarita** y **Patty diseña su vida**. Por cierto, si eres uno de los enamorados de la Saga y, especialmente, de Lola, todos los viernes publica un post en la página de la saga en Facebook. ¡No te lo pierdas, seguro que pasas un buen rato!

Sin duda alguna, el «pirata cazador de estrellas» es quien la dio a conocer, Diego «el pirata» es uno de los personajes centrales de **Tres no son multitud**. Con ella se produjo un fenómeno curioso, las lectoras pedían saber el «antes» y el «después» y, tras recibir no uno, ni dos, ni tres... sino muchos correos pidiéndole lo mismo pensó:

«Elva, los deseos de los lectores son órdenes para ti. ¿Por qué no complacerlos?»

Y así, **Tres no son multitud** se convirtió en una trilogía.

En medio de esas dos novelas escribió varios relatos que han sido recogidos en **Un chico afortunado y seis historias más**, una colección de historias de amor, desamor, erotismo. Este libro de relatos ahora mismo lo puedes leer de manera gratuita en *Wattpad* bajo el nombre de **Siete historias de amor**. Por cierto, ahora que nadie nos lee, puedo decir que Un chico afortunado se encuentra en quirófano y, en breve, lucirá mejor que nunca. En *Wattpad* también encontrarás **De perros y sus dueños**, de donde surgió **Menta y Chocolate**.

¿**No me crees?**, sin duda, la historia que la ha hecho recorrer más kilómetros sobre las pequeñas alas de *Colibrí*.

A final del 2017 se publicó la bilogía, **Y de pronto la vida**, la cual está formada por: **Carpe Diem** y **Con Dos de Azúcar**.

En agosto de 2018 se publicó **Bajo la luz de las estrellas**, novela con la que se homenajea a todos los que vivieron bajo la luz de las estrellas como consecuencia de uno de los huracanes más devastadores de la historia.

Tres han sido los relatos publicado en 2019, **Gin-tonic y palomitas**, **Max<sup>2</sup>** y **Otro para ti**. El pasado 14 de febrero salió a la venta la renovada **Tenías que ser tú**, en breve, saldrá publicada **Eclipse**, novela en la que los lectores tendrán que optar entre varios posibles destinos para los protagonistas.

Puedes seguir a Elva en su perfil de Facebook y Pinterest con su nombre de Elva Martínez

Medina, así como en sus cuentas de Twitter e Instagram con el nombre de usuario, @elvamarmed. Y si te apetece pasar un rato agradable con ella y sus lectoras no dudes en pasarte por la página de la autora en Facebook, El blog de Elva Martínez, ahí podrás estar al tanto de las novedades...